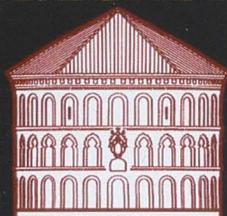


Olga Ruiz
María Luisa Mora
Mayte González-Mozos
María Antonia Ricas
Joan Gonper
Rafael González Casero
Paco Morata
José María de Quesada
Lola López Díaz
Antonio Illán
Rafael J. Pascual
Marí Carmen Rubio del Pulgar
María Luisa González Ruiz
Santiago Sastre
Ana Ferreira
Enrique Galindo
Olga Fernández
Inmaculada Gómez
J. Luís Calvo
Carlos Gegúndez López
Oscar Sangil
Vanessa Jiménez García
Andrea París Gómez
Jesús Rubio
Joaquín Copeiro
Juan Carlos Pantoja Rivero
Jesús Pino
ilustraciones: José Morata

HERMES



CIRCULO
DE ARTE
TOLEDO

Hermes XV, Toledo, 2013

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Patrocina: Ayuntamiento de Toledo

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

HERMES 15



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**

OLGA RUIZ

*La muerte es una vida vivida. La vida es una muerte que
viene.*

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de
formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges. 1899-1986.

flash forward

La muerte me ronda. A ratos creo que me va a llevar al otro lado cogiéndome de los pies y dando un tirón. A ratos se muestra sumisa: me habla bajito, al oído y me confunde. ¡No existes, vete, vete, hoy todavía no!

Me han incoado en un procedimiento propio y único. Dicen que tengo grandes zonas calibradas de interés cultural. La enfermera me mira y sonríe. Yo sé cuánto esfuerzo hace cada día por parecer tranquila. Ella es mi mujer. Me anima, me abraza, está ahí. Sólo eso: está. No te preocupes tanto; en realidad te mueres cada día, justo después de comer, unos quince minutos. Hay que reírse...

Por aquí arriba en la cabeza tengo bosques de eucaliptos bajo

mis pelos. Inmensos microcosmos llenos de bacterias que sobreviven comiéndose la piel. En el pecho ha surgido la nueva reserva del Río Tinto. Fluye caliente a ratos entre sollozos sin lágrimas ya. No te preocupes, amor, hoy todavía no. Quiero decírselo pero no puedo: no tengo lengua, no tengo boca, no tengo garganta. Quiero decir muchas cosas a mucha gente. Ahora me comunico con una pizarrita de niños en la que escribo con tiza con frecuencia: No llores. Pero todos lloran...

No cabe duda de que morir es un destino esperable, pero no hace falta marcharse de aquí con tanto dolor. Yo hubiera deseado dormirme para siempre y no sufrir. No sufrir mi dolor, que es muy grande, sino el dolor de los que me quieren. Yo también lloro mucho, a solas, cuando creo que nadie me escucha, me desahogo. Pero las lágrimas escuecen mi pecho y todavía siento más dolor porque no brotan para fuera, sino para dentro.

Hablo en sueños, para que sepan que todavía no me he muerto. Lo potente que es el subconsciente. Palabras sueltas, algunos sin sentidos o co-razones de existencia: Protección cautelar. La nieta.

Licencia para habitar. El testamento de mi hijo.

Efectos colaterales. ¿Qué será de mi mujer tan joven y bella? Indemnizables los perjuicios. Yo no quiero, pero lo harán.

Suspensión de licencia. El médico se equivocó.

Mi ruina es una realidad histórica. Error tras un juicio previo.

Deber de conservación del propietario. Donaré mi cuerpo a la ciencia.

Colectividad. No quiero admitirlo.

Acto de contenido imposible.

Manifiestamente obligado a la expropiación. De mi yo,

de mi materia, de mi hoy en vida.
Medidas de garantías. Ya no hay recursos suficientes.
Todos nos consideramos los indispensables en un hogar. No hay nadie insustituible. Todo pasará.
Criterio de mínima intervención y la máxima garantía. ¡Mierda para todos!
Principio de restitución. Lo único irremplazable es la vida.
Día internacional del Despojo. Instáurenlo.
Todo lo aséptico que me rodea me obliga a sentirme cobaya.
Las dobles listas, esperas en hospitales, amorales.
El fondo, la superficie está sucia. Limpia y encontrarás.
El patrimonio inmaterial. Dejaré mis libros, mis poemas, pensamientos, etc.
Expresiones culturales. No di para tanto. Ni mucho menos.
El elemento humano: el miedo. No sólo existe dentro.
El húmedo, tenebroso y resonante corazón palpita aquí, y me aprieto con la palma izquierda el pecho. Todavía...
Resplandor devoto de una luz, la luz de la candela que no pudo ser sol. Y el sol seguía existiendo fuera, ajeno a todo siguiendo su propio ritmo.
Color áureo. Faz de la luna pálida y sobrenatural. He decidido estar para crear. Volver. Despierto.

Sea como sea, me muero quince minutos al día por culpa de las pastillas justo después de comer. Luego escribo y ordeno y organizo muchas cosas, en la pizarrita, porque no puedo hablar. Mi secretaria lo transcribe en el ordenador. Y todo fluye... Una vez a la semana paso con el coche por la carretera lateral del Cementerio camino del hospital. Ya queda un día menos... Cada vez estoy más resignado y tengo menos miedo. La muerte, al final, siempre gana, es lo único capaz de ganarme. Pero hoy todavía no.

MARÍA LUISA MORA

enigmas

Para mí te hicieron.
Toda mi vida entera ha sido así.
Desde la inmensa mañana húmeda
de tu frente alta
has sido para mí.
Desde entonces,
cuando el aliento tuyo
era algo más que aliento:
cocodrilo que ama
con la desesperación de las amebas.
Aún recuerdo
las fascinantes tardes amarillas
con sus manzanas dulces
sobre la piel de nuestra boca
haciendo,
de nosotros, el fruto
que habría de alimentar a los jaguares.

De aquellos tiempos
quedan
los osos blancos de la nieve fría,
los gatos que ronronean sobre la cama
ungidos por la luz,
los perfectos laureles
de la garganta que albergaba lirios.
Aunque la muerte traiga
su dolor de enigmas
y la noche agite su cabeza
con la pena de las calles rotas,
aun sentimos la llama,
la infinita llama diferente que arde
en los huesos de nuestro ser,
en todo
lo que conforma el cuerpo de la Tierra.

MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS

el fabuloso mundo del circo

Aquel invierno en Toledo se reunió lo más glamuroso de Hollywood.

Y yo estuve entre los brazos de Rita Hayworth.

Pues sí, así fue.

Mientras Claudia Cardinale nos miraba con ternura desde un trapecio.

Siempre que cuento esto piensan que estoy vacilando.

Vaya por delante que yo era irresistiblemente atractivo:

con rizos rubios, y algo de azul en la mirada que ya perdí.

Estaba avanzado el año 63 cuando Rita me alzaba hacia un cielo de anochecer frío,

con la ascendente humedad del Tajo y el Alcázar al fondo.

El mismo Henry Hathaway, había venido a rodar exteriores donde siglos antes caminaron alquimistas, zahoríes, traductores, hechiceros, ocultistas, reyes...

y hasta un Emperador.

Los interiores, en el Price de Madrid.

Una superproducción de Samuel Bronston, con John Wayne de protagonista.

Mis padres, fanáticos del cine, acudieron a Safont

por el anuncio que publicó el diario «El Alcázar»,
con el fin de recopilar extras.

Y a mí me llevaron en brazos; entonces sólo los pudientes
empujaban cochecitos para bebés.

Ellos quedaron maravillados con lo que de fastuoso tenía
aquello.

Y con que la primera actriz se encariñara con su niño.

Y parece que a mí lo que más me atrajo fueron los tigres y
leones, que poco después usarían para la cabalgata de
Reyes, la más lucida de la capital.

Lástima, de que no se estilara llevar una cámara fotográfica
para inmortalizar mis cinco minutos de gloria. Así me
habríais creído siempre que lo cuento,
y hubiese evitado escribirlo y publicarlo.

EL FABULOSO MUNDO DEL CIRCO

CLAUDIA CARDINALE JOHN WAYNE RITA HAYWORTH

MARÍA ANTONIA RICAS

para emily dickinson

Las ramas de uno de los árboles de la plaza mantienen sus hojas en el invierno, papelillos donde no escribe ni la helada.

Ella cuenta las hojas, las protege. En cada una marca un signo.

Ella se sube al árbol, se oscurece y no se la distingue de la madera casi negra.

El hombre con sus perros no la ve, ni la guapa mujer con su regalo del día de Año Nuevo hasta los tobillos.

Lejos, bastante más allá de la ciudad, en los campos pelados, muchachos muertos que la querían esperan a febrero para despertar sin memoria.

Y ella, en el árbol, después de rozar despacio, una por una, todas las hojas, cuenta las tejas de la casa cercana y va colocando debajo, cuidadosa, una por una, pardas y húmedas, las plumas raras y perladas de su vuelo marino.

JOAN GONPER

de peras y esperas

Confundidos con el aire
de junio, estamos en sazón
y, al abrazarnos, caen gotas
golosinas de nuestra pulpa.

La caricia gira madura;
en su punto,
en su curva carnosa palpable.

Un trazo azul como casi celeste
cosecha caricias
dentro del árbol,
escondidos y escindidas,
sin ojos que olfateen;
y, aunque indaguen entrecerrándose,
no saben ver.

Pudiera delatarnos este olor
vegetal del deseo.
Pero para acallar los ojos
negaría
que voy transformándome en fruta
en ti.

RAFAEL GONZÁLEZ CASERO

apriorística sanción.

No había nada mejor para quitarse la tensión ante una importante entrevista de trabajo que salir de copas con unas amigas. Al menos eso pensaba ella, que solía afrontar los días complicados dejándose caer la noche previa por alguno de los locales de moda de aquella inmisericorde ciudad.

Inmisericorde como era ella con los «pesados» que en la noche osaban a creerse con el derecho a decirle algo que, aun vestido de interés por conocerla, no tenía otro objetivo que no fuese ligar. El estatus de los chicos que a plena luz del día podrían llegar a caerle bien, cambiaba indefectiblemente al caer el Sol, al igual que el de ella, que gustaba gastar el traje de diva que los claros del alba afeaban por mostrar sus descosidos.

Aquella noche el pesado de turno iba de perdido en la ciudad, de recién llegado que simplemente pretendía un poco de conversación y socializarse para afrontar su nuevo trabajo con ánimo. Pero ella no tardó en despachar al pretendiente con las dosis necesarias de aspereza y engrimiento que le caracterizaban.

A las 9 en punto de la mañana se sentía ínfima ante la posibilidad de ser seleccionada para trabajar, por fin, de «lo suyo» tras un periplo de años como empleada en todo tipo de tiendas. Al abrirse la puerta, tras la mesa caoba y una corba-

ta bien ajustada apareció el pesado de hace unas horas, convertido por capricho del destino en regidor de su destino; curriculum en mano, una mueca bastó para dejar a la altura del betún las asperezas que la diva le había adelantado como carta de presentación...

Como era de esperar no fue seleccionada y su curriculum fue injustamente rechazado de plano. La rabia del momento le hizo arrojar el traje de diva al contenedor de la basura. Meses más tarde, cuando disfrutaba de una copa alguien se le acercó por detrás diciendo,

- perdona, ¿podrías ayudarme?, soy nuevo en la ciudad...

PACO MORATA

se descalza las chanclas

Se descalza las chanclas, deja libre
la huella que persigo por la casa,
el albornoz tirado. La mampara
que vela su silueta le transmite

la belleza escondida como el dije
que late en su canal de enamorada,
por donde corre el agua entusiasmada,
distráida en meandros de piel virgen,

imaginado mar en el que sueño
que ella ponga la sal, el oleaje,
yo la deriva ahogada de mi cuerpo

buscando que su boca me rescate,
se demore en mi auxilio con un lento
ceremonial de besos y me salve.

llanto (soneto blanco)

Recrea ante mis ojos un diluvio
de narcótica esencia que embelesa,
la mar que desemboca en su mirada,
la mar del crudo invierno cuando nadie

viene a pisar la playa salvo un perro
errante por las cuatro dimensiones,
la mar que nace y muere en sus pupilas,
un océano urdido de canciones

donde todo el azul, todas las sales
se alimentan del flujo de las lágrimas,
que te lleva mecido por sirenas

a la nave de Ulises, al naufragio
inevitable contra los escollos
que embosca entre sus párpados llorosa.

noviembre

Sientes el aura de noviembre. Viene
con el nuevo muestrario que el otoño
despliega escaparate ante tus ojos,
su promoción de fríos y de nieve.

El adusto catálogo contiene
el saldo que el futuro oculta, todo

lo que temes, recelos sobre otro
interminable invierno que altere

la paciencia inmutable de los muertos,
puesta a prueba por esta incertidumbre
sin salida. Levantas la mirada

hasta donde te deja el desconsuelo,
la niebla al otro lado de la lumbre:
apenas unas aves rezagadas,

las alas desplegadas
contra el atardecer acobardado,
describen en el cielo mudos trazos

Aún quedan en los cándalos del roble
algunas hojas secas. Unos pájaros
a nido descubierto ensayan cantos
de vida en retirada, un horizonte

de decadentes días entre voces
de animales famélicos, cansados
deseos de nueva luz, desesperados
rescaldos que alimenta el hombre.

No pesa la esperanza, no es posible
predecir la ventura de la savia
rompiendo en nuevos brotes la hojarasca

cuando sobre el invierno abril germine,
guiado por la fuerza de las lluvias,
en la amarilla flor de la retama.

make me happy

Llévame al Malecón de La Habana,
dame ron y bolero en la Bodega,
al son de la Sonora Matancera.
Bajo la luz cernida por las palmas,

desnúdate conmigo en una playa.
Alábame el poema que te hiciera
copiado de Cernuda. Di traviesa
que te pase los labios por la espalda,

que mi mano se enrede en tu melena.
Cántame un fado triste a bonito.
Recuérdame los goles del enano.

Que me brinde Tomás una faena.
Permíteme que ría con mis hijos,
mis hermanos hablando del pasado.

Cógete de mi mano,
deja que te recite algunos versos,
despierte cada día con tu consuelo.

espalda

Me gusta más tu espalda que tu ropa.
Bronceándote al sol como una espiga
de cereal que entre los dedos baila
de un viento caprichoso, te demoras

mirando escaparates a la hora
en que sólo la siesta salva el día.
Tú caminas delante distraída
en tanto te persigue remolona

la marcha de mis pasos que no quieren
que te quedes atrás mientras te miro
la columna desnuda entre tirantes,

soñando un agua fresca que no viene
a quitarme la sed mientras te sigo
sin saber cómo eres por delante.

a cidade branca

Tira al mar mis cenizas en Lisboa,
cuando empiecen las sombras de la tarde,
que repartan los vientos a levante
dolor por la ciudad que me enamora.

Me esconderé llorando en el aroma
de los fados que no supe cantarle
al lugar que deseo, habitable
refugio de los sueños que tú ignoras.

Cuando deje la luz en el castillo
su beso derramado sobre Alfama,
regalo de un ocaso encendido

sobre el río que arde como paja,
verás como regreso arrepentido,
te descubro las trampas de mi alma.



J. Morats mujeres preparando para el
carnaval con máscaras
2013 y niña con sombrero.

JOSÉ MARÍA DE QUESADA

mi patio

Es inoperable, me habían dicho los tres neurocirujanos a los que consulté. Con la medicación adecuada me han diagnosticado seis u ocho meses, quizá, para el desenlace.

Hace poco que me trasladé a vivir a un pueblo cercano a la gran bestia de la metrópolis. Es un piso modesto de sesenta metros cuadrados pero, tiene dos patios. Uno de luces que nos ayuda a guardar los mil y un limpiadores domésticos, el amplio surtido de cacerolas y sartenes, alimentos envasados y tendedero habitual. El otro... ¡es fantástico! Cuarenta metros cuadrados de solaz esparcimiento. Posee una extensa jardinera en la que hemos plantado laureles, photinias, ebonivus, rosales, margaritas y tres tulipanes de madera que le dan ese toque cachondo y absurdo de nuestra sociedad de consumo. Después de instalar un gran cenador que a mí se me antoja más jaima que cenador, colocamos macetones que albergan un magnolio, un plátano oriental, un níspero y un tímido olivo del que ya nunca podré ver el paso de su infancia hacia la robusta juventud. El magnolio de dos metros todavía no da flores, pero sí una delicada sombra que agradezco cuando me acomodo en la tumbona que coloco a su vera. En macetas más pequeñas al resguardo de la sombra hay una

camelia, un rododendro, hierbabuena y una plantita de diminutas flores violetas de la que he olvidado su nombre. Romero, primulas y fresas completan este patio mío. Pocos ruidos y mucho sol hacen de mis mañanas y tardes de jubilado forzoso, un paraíso para la meditación y la lectura. Es primavera, y no porque lo haya dicho El Corte Inglés. Del rododendro van floreciendo espectaculares flores violetas. De un violeta intenso, rotundo y exultante antes de abrirse por completo, para después ser más delicado enseñando en el pétalo superior una especie de lengua verde y amarilla que quizá haga las delicias de las abejas. El plátano no para de echar hojas todos los días como si tuviera prisa por darme sombra. ¿Llegará a tiempo? Es una carrera contra reloj. Todo dependerá si crece o no, más rápido que el tumor que mi cerebro alberga. Ese que a veces me hace perder la visión por unos instantes y que probablemente me haga tener alucinaciones. Mis días de pintor terminaron. Algunas muestras de mi quehacer artístico ocupan lugares en las paredes de mi nueva casa. Un guardamuebles y el trastero guardan el resto. Bueno, también hay algún coleccionista que otro que creyó en su momento que lo que yo hacía valía lapena. Mi mujer que todavía no sabe del huésped que llevo en mi cabeza sustenta nuestra economía. Años de fregar platos y pintar casi a hurtadillas; de duros y mal pagados trabajos que me recordaban constantemente que yo había nacido en cuna modesta y que si quería comer todos los días y emborronar espacios en blanco, tenía que vender mi fuerza de trabajo. De trabajo no cualificado, de sudores y callos en los pies.

Alguna urraca curiosa se posa en las vallas de mi patio. También rollizos gorriones. Y ya han llegado los vencejos que agitan la quietud del cielo. Las golondrinas... se hacen de rogar todavía. Ayer vi una lagartija en el patio. Me gusta.

Ese testimonio viviente del triásico que con insolente timidez merodea el hábitat del gran depredador Homo Sapiens Sapiens.

Uno de los tiempos más placenteros del día es la lectura después de comer recostado en la tumbona. Recibir ese sopor que lleva a dormir esa siesta reparadora. Desde hace unas semanas, tengo la extraña sensación de que hay presencias de alguien que no puedo ver. Es casi una certeza que no puedo describir. Nunca he creído en fenómenos paranormales más allá de los demostrados por la ciencia.

Han pasado tres meses desde aquel “es inoperable”. Mi patio ha cambiado mucho. No de aspecto físico, sino vivencial. Tumbado al atardecer debajo de mi jaima protegiéndome de los últimos rayos del abrasador sol de agosto, me visita Picasso. Es el joven de su segundo y definitivo viaje a París. Altivo y lleno de vida, provocador e inquieto. Lo veo sentado frente a mí, absolutamente real. Oigo su voz, veo su rostro y su vestir de aquellos años. Le pregunto por Fernand Olivier y el Bateau-Lavoir, pero me responde como el Picasso nonagenario. Giro la cabeza a mi derecha y veo a Paul Gauguin sentado al lado del plátano fumando en pipa. “El arte está en nosotros, no en la naturaleza. La naturaleza es sólo un vehículo para la expresión”, me dice. Y Pablo Picasso me muestra una de sus obras que más me fascinaron siempre: la cabeza de toro hecha con un sillín y un manillar de bicicleta. “Recreamos la naturaleza desde nuestra propia industria”, dice mirándome a los ojos. Busco a Gauguin y me encuentro con Kasimir Malevich que me dice aquello de que un cubo tallado en mármol es más hermoso que diez mil David de Miguel Ángel.

-Y después de que hayamos viajado por miles de planos de colores, ¿qué? -pregunto.

-Después volveremos al dolor de nuestra propia Historia – contesta Manolo Millares que ahora ocupa el lugar de Malevich. Al verlo me envuelve un regocijo especial. Uno de mis artistas preferidos se encontraba allí, junto a mí. A él también se lo llevó un tumor cerebral y a edad más temprana. Intento cogerle una mano cuando una espesa niebla en mis ojos me nubla la visión. Cada vez son más frecuentes. Cierro los párpados y me pregunto en voz alta si mi obra habrá servido para algo. Si habré aportado algo a la Historia del Arte y si he sido feliz haciéndolo.

-¿Has sido honesto? –me pregunta Gauguin.

Me levanto y huelo la rosa blanca y solitaria de uno de los rosales.

-¿Ves en tu obra cosas que sólo pueden venir de tu alma? –continúa preguntándome el gran Paul.

-Sí –respondo finalmente. Pero nunca creí mucho en mi mismo.

Alguien entra el patio con algo que parece ser una alfombra pues no distingo todavía bien después de otro nubarrón en mi vista. Pienso que debe de tratarse de mi mujer, pero no. Es Jackson Pollock que desenrolla un gran lienzo blanco en el suelo. Y pienso que será un gran honor que el suelo quede manchado por él. No me mira. Da vueltas alrededor de la tela con un bote de pintura en sus manos. No puedo creer lo que veo y me froto los ojos. Es una alucinación perfecta. Esto de tener a la fiera destructora en el cerebro y no en otra parte... tiene sus ventajas. Eso sí, cuando se terminan las visitas la jaqueca es descomunal. ¡Ay! ¡Todo es tan real! A veces lo veo todo como los cuadros de locomotoras de William Turner. Ese germen que fue del impresionismo trasladado a mi realidad cognitiva. ¿Es posible que la enfermedad me haga llegar a otras dimensiones paralelas?

-Cuando yo me enfrentaba al espacio en blanco, casi me daba pena mancillar la blancura virginal del silencio de la nada no creada. ¿A ti te ocurría lo mismo? -le pregunto a Pollock.

-Sí. Y está para eso, para que dejemos la huella de nuestro ser. Y nosotros no podíamos conformarnos con pintar floreros, ciervos en plena berrea o desayunos campestres. Había caos. Éramos hijos del caos y la desesperación, precursores de una libertad que estaba por venir. Era el último aldabonazo reivindicando que la Pintura, había dejado de ser esclava de esa realidad que nos rodeaba hermosa o no. Era ya hora de expandir nuestro inconsciente. Nuestro yo encarcelado durante siglos exigía, después de la invención de la fotografía, poder plasmarlo.

-El cincuenta por ciento del acto creador, está en nuestra propia mano. El otro... sigue condescendiente a ella -dice Jackson.

El sol, ya se va tornando rojo. Es un atardecer tranquilo e insolentemente luminoso del estío.

A cada gota de pintura que salpica Pollock, siento mi corazón desgranarse.

El cielo ya es violeta. El dios Ra se despide. Empiezan a molestarme algunos de los parches de morfina que mi cuerpo alberga.

Mi mujer sabe lo que me pasa. Le noto aguantarse las lágrimas cuando me mira. En este agosto infernal, me sigo cubriendo con una manta en el patio. Tengo frío. El frío de la muerte. ¡Qué tonterías! Muerto, ya no se siente nada. Bueno, eso pensamos. No quiero entrar en el escabroso dilema de la vida después de la muerte. Soy un ateo convencido. Jackson Pollock continúa con su dripping vehemente y evocador de galaxias que sólo veríamos a través del telescopio. De nebu-

losas de sangrías existenciales.

Con la más dulces de sus sonrisas, mi mujer me trae un té con hierbabuena. Sabe que desde hace tiempo, vivo en realidades paralelas. Mi realidad de esta dimensión y mis visitas de ilustres maestros que nunca conocí, pero de los que quise aprender y siempre adoré. Ella sabe que me queda poco. Le hablo de las visitas y escucha con atención mi relato. Hasta creo intuir que cree en esa realidad paralela. No a todos los pintores se les aparecen en el final de sus días sus más admirados maestros. ¡Soy un privilegiado!, pienso.

La noche cae y el cansancio avanza. Soy un cuerpo en destrucción. Me voy. Necesito dormir, pero sé que son horas que se restarán al tiempo que me quede de vida. Los moribundos deberíamos padecer insomnio perpetuo.

A las seis de la mañana en mi patio el silencio tan sólo es interrumpido por el cantar de los pájaros. Es mi parcela del Edén. Y pronto vendrá el ángel que me eche de este paraíso. Intento visualizar una serpiente enroscada en uno de mis arbolitos. No tengo manzanos. ¡Lástima! Hubiera sido el atrezo perfecto.

Estoy leyendo *Lady sing the blues*, las memorias de Billy Holiday. Ya no quiero más teorías artísticas, más proclamas sobre lo que el arte debe o no debe de ser. Sólo se lo permito a mis visitas. Me fascina saber lo que una mujer pensaba cuando desgranaba la muerte en cada fraseo musical. Parece que su alma, sí, ese concepto del que parece avergonzarse la Real Academia Española últimamente, se posara trágicamente sobre cada sílaba. Amor. Todo lo que necesitas es amor, que dirían los Beatles. Billy necesitaba amor, mucho amor. Mucho respeto, mucho amor.

El café sabe mucho mejor oyendo a jilgueros y gorriones.

A vencejos inalcanzables y a lagartijas madrugadoras. Mi esposa generosa y precavida, como todas las buenas esposas, dejó preparado el café antes de acostarse. Nunca le he demostrado lo importante que ha sido en mi vida. Tengo miedo de irme de este mundo sin decirle que la quiero, que gracias a ella, he sobrevivido en todos los aspectos. ¡Mi niña que se me está haciendo mayor! ¿Viuda? No la imagino así.

Después de la consabida siesta vespertina, tapado con mi mágica manta, abro los ojos. El sol inunda las photinias y los ebonibus. Las margaritas parecen estirarse queriendo alcanzar la luz. El plátano sigue tenaz en su crecer. Los laureles son más pacientes. De pronto, no recuerdo cómo es el cuadro que colgué encima del sofá. Me levanto con esfuerzo y voy en busca de él. Ya pero..., pienso, podría ser mejor. ¿Realmente es bueno? Puede tener, ¡tantas interpretaciones! ¿Confusión? ¡Bah!, para el que no sabe, me dije en un arranque de autoestima.

-¡Si no hay confusión, no puede haber arte! –exclama Salvador Dalí elevando su bastón a los cielos reventones de luz. Casi puedo sentir el dolor en todos los nervios de mi cuerpo. El dolor.

Los jazmines de leche que reposan sobre la empalizada parecen querer competir con el veloz plátano. Pronto me obsequiarán con diminutas florecillas competidoras en fragancia con el jazmín, jazmín. Mis tulipanes de madera siguen impertérritos. Tiempo habrá, cuando yo no esté aquí, para que les salgan hongos y podredumbre. De momento es nuestra contribución “Pop” a nuestro jardincito. Claes Oldenburg, los hubiera hecho gigantes. Flácidos y quizá desgastados. Consumidos. Si aparece le diré que los sustituya. Unos tulipanes de dos metros. Vinilo, vinilo. ¡El dios plástico!

Noto una pequeña sombra a mi espalda. Es Juan Gris.

-Recompón tu devenir –me dice muy serio. Y pienso que sólo quiero morir en paz. Conmigo mismo, con mi mujer, con el mundo. ¿Tengo que perdonar al mundo? Porque mi aportación a la civilización tan sólo ha sido una lágrima seca y sin importancia. Una mísera gota en la mar plañidera y rogatoria de la propuesta artística.

Retomo a las páginas de las memorias de Billy Holliday. Y pienso en la sinrazón de los hombres sin corazón, y en la de los que lo tuvieron tan grande que lucharon hasta el final por una sociedad más justa y libre. Sin colores. ¡Ah, los colores! Colores que no saben de supremacías, de potestades impuestas a los demás. Creo que puedo estar desbarrando. Volvamos al principio. Por cierto, ¿qué principio?

Los nubarrones cada día que pasa son más oscuros. Supongo que es señal de que esto se acaba.

Es mediodía y sol abrasador me reconcilia con la naturaleza. No siento que me achicharre. Siento que es el único que sabe de mi necesidad de vida. Como las plantas de mi patio, estoy a su merced. Incluso no me importaría que me crecieran hojas detrás de las orejas si fuera menester. Noto, como nunca sintiera en mi vida, que este sol, es la vida. El rey sol. Duermo. Ya me cuesta cuantificar el paso del tiempo. No sé. Duermo y punto. Me importa una mierda los minutos u horas transcurridas. Duermo y me gusta. Quizá sea una manera de intimar con la muerte. Me gusta pero no quiero. Quiero vivir cada segundo de la existencia que me quede.

Abro los ojos y veo a Francis Bacon que observa fijamente una gran tela en blanco. En la tumbona de al lado se encuentra Piet Mondrian. No me mira a mí sino a Bacon. Por fin, éste comienza a manchar el lienzo con grandes trazos.

-¡Nol –exclama sobresaltado Mondrian. Bacon se vuel-

ve y le pinta la cara a tres colores. Oigo murmullos en un extremo del patio. Son el grupo El Paso al completo. Intercambian opiniones y también discuten. Manuel Viola dice que pintar es muy fácil. Antonio Saura le contesta que tiene que haber sufrimiento aunque sea con gusto. Sentados en la jardinera veo que están Jackson Pollock y Willem de Kooning discutiendo acaloradamente con Barnett Newman y Kenneth Noland.

Desde el salón entra en el patio René Magritte seguido de Max Ernst, Oscar Domínguez y Salvador Dalí que exclama pletórico:

-¡Su-rre-a-lis-mo! ¡Su-rre-a-lis-mo! –Se atusa el bigote, saca un huevo de su chaqueta y lo estampa contra el suelo. A continuación posa un metrónomo encima del huevo estrellado.

-¡Surrealismo! –Vuelve a exclamar.

En un rincón de la jardinera, observo a Paul Klee realizar una acuarela. Silencioso, casi en trance. Pero llega un momento que todos los artistas se enzarzan en una discusión multitudinaria incluido Pablo Picasso, y pienso que ya me están hartando. ¿Por qué no se me aparecerá una estrella de Hollywood hermosa y llena de esplendor? Una estrella. Cierro los ojos y trato de respirar profundamente. Oigo una voz dulce y también algo gélida. En la otra tumbona está Marilyn Monroe. Lleva unos pantalones verdes ajustados y una holgada camisa blanca. Sus pies están desnudos. Me coge la mano y siento que nos elevamos del suelo y puedo ver desde lo alto el patio de mi casa. Flotamos sin ningún esfuerzo. La luz del sol me ciega. No siento nada. Todo es oscuridad. La mano de...

LOLA LÓPEZ DÍAZ

usque ad finem

Victor, ¿dónde estás, Víctor? tengo que hablarte ¿me oyes? ¿me escuchas?... Víctor, tú tienes la culpa, tú me dijiste que no estuviera triste, que viviera, que me lo pasara lo mejor posible, que si esto que si lo otro. Por eso me animé a salir con él, Víctor, porque creí que a ti te parecería bien. Y porque es un hombre encantador, todo un caballero. No para perder la cabeza, claro, ni para hacer locuras... ¡quita, quita! Pero me gusta salir con él. Me entretiene mucho. Y no sabes lo que me obsequia. Dice que ésta es la mejor época de su vida, que no tiene ninguna responsabilidad, que tiene salud, que tiene dinero (fíjate qué suerte) y que va a disfrutar lo que no ha podido disfrutar nunca. Por lo visto ha tenido una vida terrible, ha sido desgraciadísimo, el pobre. La cosa es que como aquí empieza a apretar el calor se va a ir un mes a La Toja. ¡Nada menos que a La Toja!Y aquí viene la bomba: me ha invitado a ir con él. Y no sé qué hacer. ¿A ti qué te parece? En habitaciones separadas, naturalmente, y sin ningún tipo de compromiso. Estoy loca por ir a la playa, Víctor. Tú mejor que nadie sabes cuánto que me ha gustado siempre. Y quizá sea la última oportunidad para ver el mar... Él dice que no encuentra mejor forma de gastarse el dinero Y es verdad. Porque de ir solo a ir conmigo va un abismo. Reconócelo. ¡A

¡A ver cuántas mujeres de mi edad hay tan listas, tan cultas y tan simpáticas como yo! A cada uno lo suyo. No vamos a andar a estas alturas con tonterías y remilgos. Y de aspecto no estoy nada mal y eso que me gasto poquísimos en cremas y peluquerías. Pero ése es otro tema. A lo que vamos. Él dice que me lo tome como un trabajo, como si fuera una señora de compañía. ¿Me estás escuchando, Víctor? Dice que como si fuera una señora de compañía. ¿Qué te parece? Horrible, ya lo sé. A mí también. Pero me apetece mucho ir. Quiero ir. No estoy dispuesta a pasarme el mes de agosto achicharrada y sola en esta casa. Todo el mundo se va y, además, el calor es fatal para los viejos ¡si lo sabrás tú! No se lo he dicho a nadie todavía. Además, todos están ocupadísimos con sus hijos y sus trabajos y sus cosas. Y es natural. Así que yo me largo, Víctor. Como lo oyes. Y no digas que es muy arriesgado y que soy una destarificada porque no es verdad. Además, si es el estrangulador de Boston y me apiola ¿qué? Mejor, así acabo de una vez. Que no, Víctor, que no. Que te digo yo que es una suerte muy grande haber topado con este señor. Que tú no sabes lo tremendo que es vivir en mi situación, con poco dinero, con la pierna a la virulé (que desde aquel ataque de reuma no ha vuelto a ser lo que era), con los pies martirizándome y a merced de que los demás tengan a bien hacerme algo de caso. Tú no sabes lo que es eso. Y las noches, Víctor, las noches. Porque el día, mal que bien, lo paso. Pero las noches... Se me pone como una losa, como una garrra que me oprime el pecho y me estruja el estómago.

Qué miedo, Víctor, qué miedo. Y qué sensación de soledad. Y tu ausencia. Sobre todo tu ausencia. El vacío de tu ausencia. La presencia de tu ausencia. No sé. Un túnel negro,

muy negro, cada vez más negro. Sin salida. Porque no hay salida, tú lo sabes. Es horrible, Víctor, horrible. Que tú te has muerto y ahí queda eso. Bueno, no, pobrecillo, que bien preocupado que estabas por dejarme así. Porque los dos sabíamos el destino del superviviente. Yo comprendo que es ley de vida pero no hay derecho. Y si la Seguridad Social nos fumigara y acabara con nosotros... Pero no, no nos fumiga. El cáliz hasta las heces. Así que este señor me ha llovido del cielo. A veces pienso que no puede ser casualidad, que tú me lo has mandado. ¿Me lo has mandado tú, Víctor? No me extrañaría. ¿Sabes que he estado a punto de llamar a unas echadoras de cartas que hay en la radio? Me paso las noches oyéndolas y no sabes lo bien que aconsejan a la gente y las cosas que saben. Parece mentira. Si no las he llamado es porque cuesta dinero y no te imaginas lo mirada que me he vuelto. ¡A ver qué remedio!... Bueno, entonces ¿qué? ¿qué te parece? Yo creo que sí, francamente. Porque siempre me puedo volver. Si veo algo que no me gusta, cojo el tren y a casa. Yo creo que sí. Anda di que sí. Es que necesito que digas que sí, que no te parece mal. Si no, me da cosa. Ya, ya sé que es una tontería pero no lo puedo remediar. Oye, tú y yo nunca fuimos a La Toja.

ANTONIO ILLÁN

bilal

Un poco de sol, algunos dátiles,
agua fresca, miel,
castañas,
el leve pajarillo que de rama en rama
salta y un instante se detiene,
hojas verdes de las huertas,
cuyo paisaje es un secreto,
pan, rubio pan de cruz,
aceite de olivos centenarios,
naranjas y flores de azahar, palabras
libres y exigentes, música que acompañe tu alegría
y sea bálsamo para el dolor, quiero para ti.
En todo se encierra
la vida, como un tesoro al que se entra
por la puerta del amor
y, a veces, por el hueco estrecho
de la herida. También te deseo el viento
sembrador de estrellas que han de iluminarte
el largo viaje a la Ítaca que anheles. Allí estará
tu fin y tu principio tras la larga experiencia
del viaje, que sin duda, han de propiciarte
los pies ligeros de Mercurio.

La gran luna de tus ojos
se humedecerá acaso con arrayanes verdes
de sombras azules alguna tarde. No te asombres
ni te detengas. Hay que seguir, seguir
con el rotundo equilibrio de los derviches,
y buscar en el corazón la fuerza
de quien te ofreció la voz y te dio la vida.
Almas de tierra, carnes de bruma, medias noches
en las que los mirlos cantan, fragancias distantes,
el mar calmo o de gigantescas espumas, todo
lo encontrarás. Otras luces que juegan
tras la lluvia te ofrecerán las frentes abiertas,
aunque se oculten tras la cortina de nubarrones
cárdenos,
y ahí estarás tú, con tu miel y tu agua fresca,
con tu pan, tu aceite, tus dátiles y tus hojas verdes de las
huertas,
desentrañando el mágico misterio,
para gozar con lo sencillo, ebrio de dicha.
Bilal de los orígenes, cuando oigas la voz,
será la del ángel. Conócete a ti mismo
y sigue el camino que sabrás elegir con transparencia.

nana del miedo

Duerme, duerme, duerme, duerme...
Si no duermes, silba el viento;
si no duermes, viene el mar
y en las olas los barqueros.

Duérmete ya, duerme, duerme...
Si no duermes, ladra el perro
con sus ladridos de noches
claras de lunas y miedos.
Si no te duermes, del bosque
vendrán lechuzas y cuervos,
el lagarto y la lagarta,
las tortugas y los ciervos.

Cuando tranquilamente
te duermas, en el silencio,
verás sonrisas de estrellas,
la blanca flor del almendro,
el canto de las alondras
y el perfume de los besos.

Duerme, duerme, duerme, duerme...
en el corazón del sueño.

RAFAEL J. PASCUAL

filofisioterapia

*A Marcos, faro guía
en veredas oscuras*

Atiendo el jugueteo rítmico de mis dedos sobre el tablero de la mesa, mientras rozo la tecla que sancionaría la publicación del anuncio. Sentado frente a la pantalla, reviso una y otra vez las contadas palabras con que solicito al especialista idóneo para un experimentado filofisioterapeuta. No se trata de un error. Me he expresado con toda corrección, aunque me cuesta publicar, sin más, esta demanda, reflexionando sobre las dudas que generará en los profesionales del ramo. Tampoco ayuda el exiguo número de palabras permitido para enumerar las competencias de este experto, y me veo, así, tentado de comentarlas en un espacio disponible para aclaraciones, por lo que confío en tener la habilidad precisa al describir lo que estoy buscando.

Antes de iniciar esta relación, quisiera hacerme acreedor de la capacidad de presentir ¿sin que asome deprepotencia alguna en mis palabras? a las personas tocadas, digamos, por cierto halo de banalidad, así como a otras felizmente reconocibles en el extremo opuesto. En consonancia con ello, puedo decir que Marcos ha sido uno de los hombres más interesantes que haya conocido jamás. Fisioterapeuta de profe-

sión y humanista de condición, apenas he tenido el placer de dar con alguien de sus características en mis ya largos pasos por la vida.

Trabajaba en una clínica especializada en el tratamiento de problemas osteomusculares, situada no lejos de mi lugar de residencia. Lo conocí por causa de un mal que sufría hacía tiempo y que se complicaría aun con algunos otros, extendiendo sine die mi programa de visitas a la clínica. A ese largo periodo de tiempo le seguiría mi resolución para consolidar una visita regular con el simple objetivo de mantener el cuerpo en forma.

Desde el primer momento encontré allí al interlocutor capaz de sostener una charla al margen de ciertos contenidos pasados por la televisión, los propios del mundo del fútbol o de tantos eventos y noticias que no tengo tiempo ni ganas de mencionar aquí.

La discreción es una virtud principal de Marcos. El hombre a quien se descubre al conocerlo es a un apuesto joven de apenas treinta años, complexión delgada y facciones suaves, atractivas, cabello y ojos castaños, mirada sencilla y lúcida. La fluidez y selección natural las palabras que utiliza son muestra suficiente para adivinar que se está delante de alguien culto, entendiéndose este adjetivo ¿literalmente y en plena justicia? con todas las letras que le son propias.

Nuestra extraña amistad de clínica se hizo de conversaciones curiosas y apasionantes, dispersas entre frías de pies contusionados, punciones para aliviar problemas musculares y masajes de espalda. Conversaciones que fueron acercando

nuestras posturas hasta darnos el convencimiento de que ambos compartíamos intereses que, normalmente, no son inherentes al gusto general reconocido.

Estas charlas eran para mí un soplo de aire fresco frente al convencionalismo de una suerte de leyes no escritas que pretenden imponer una forma de pensar, actuar y posicionarse ante la vida. En definitiva, un reducto de libertad para confirmar que hay personas en el mundo ¿escondidas tras la figura anónima de un fisioterapeuta? capaces de preguntarse sobre lo que, premeditadamente listo para asumir sin discusión, se nos hace llegar manufacturado al pensamiento.

Durante las horas de rehabilitación que tenía concertadas, siempre que disfrutaba la oportunidad de coincidir con él, pudimos recalar en una suerte de diálogos sobre gran variedad de temas que incluían política, filosofía, estética, cine, literatura, música, fisioterapia, y algunas otras materias interesantes que tuvimos la ocasión de comentar. En todas ellas había siempre un coto de excelencia, por decirlo de alguna forma, donde enriquecerse con el intercambio de impresiones llevadas más allá del tópico o la obviedad. Y esos momentos eran los que permitían reconocer la charla como un proceso de comunicación enormemente valioso.

En cine ¿materia en la que estaba muy formado? tuvo el acierto de introducirme en el quehacer de algunos cineastas, la mayoría de ellos rusos y del este de Europa, sobre cuya labor yo sabía más bien poco. De su mano me adentré en el cine de directores como Tarkovski o Sokurov, abriendo un campo nuevo en un medio tan querido y fascinante para mí como es éste. De su pasión por la obra del autor capaz de un

arte puro y no convencional, a las maneras y usanzas del cine más clásico, daban cuenta sus comentarios y valoraciones, su descripción de figuras y conceptos encriptados en aquellas formas hechas movimiento para la pantalla.

En cuanto a libros se refiere, podíamos hablar de los clásicos rusos para pasar a hacerlo de la literatura romántica portuguesa del siglo XIX, o de obras únicas de las letras universales como el poema sumerio Gilgamesh o la novela corta *El mandarín*, de Pessoa. Si él había leído el uno, yo había leído la otra, de manera que ideas y recomendaciones se intercambiaban con fluidez. Eso sin olvidar la compartida impresión del placer y la inquietud por la búsqueda de un libro en los puestos callejeros de los libreros de viejo.

Finalmente nuestras charlas sobre la situación política y social venían a coincidir en una suerte de pesimismo en torno al devenir del mundo, sin intención doctrinal alguna pero en la convicción de no engañarse con los cantos de sirena lanzados desde los medios de comunicación e instrumentos del poder, tan hechos a las necesidades propias de gobiernos, grupos de presión y organizaciones con diversos intereses.

Y es que el arte de la conversación ¿una necesidad del ser humano? se pierde cada vez más en un mundo absurdo de suficiencia audiovisual, que ahoga cualquier encuentro para reunirnos frente a dispositivos con los que no hay diálogo posible. Como esclavos de la atracción por fascinantes y baldíos fuegos de artificio, nos alejamos de la palabra dicha y escuchada para limitarnos a oír y asentir. Pero es culpa también de aquellos que, simplemente, no tienen en virtud el

arte de la buena charla, porque sólo saben hablar pisando la intervención de los demás, elevando sus presupuestos como si fueran verdades y dogmas que no pueden discutirse. Encontrar a gente que escape hoy de esa prefiguración parece milagroso y casi hasta imposible.

Como se convendrá era un placer, pues, acudir a mis sesiones de fisioterapia, contando con la promesa de un rato de animada discusión más allá de la estrechez de miras del mundo. Cualquiera, supongo, podría decir lo mismo ¿independientemente del tipo de conversación? si lograra conectar de ese modo con la persona que, al otro lado y ejerciendo las funciones por las que obtendrá una remuneración pecuniaria, atiende sus problemas y dolencias físicas. En mi caso, el beneficio indiscutible de las sesiones de fisioterapia llevaba aparejado el valor añadido e impagable de otro tipo de sesión, humanística y viva, que sólo pueden facilitarnos quienes están dotados para ello. Es de reconocer que en este aspecto tuve mucha suerte y un servicio más que completo.

Es decir, hasta que el muchacho resolvió trasladar su vida al norte para tratar de establecerse por cuenta propia, aprovechando la oportunidad de criar en su tierra natal a una hija recién nacida. Entonces la suerte cambió de rumbo y mis sesiones de filofisioterapia perdieron su inestimable carácter para caer, con otros elementos de la vida cotidiana, en un saco de convencionalismos, convirtiéndose en simples sesiones de fisioterapia y perdiendo los aditivos intelectuales del cine, la literatura, la filosofía, la estética, la música, los *Gilgameshes*, y otros habidos y por haber.

De ello se deduce ¿moraleja? que la clave de todo reside en

las personas, y lo ordinario puede convertirse en brillante, y lo brillante en ordinario, si tan solo se altera el elemento que lo determina: normalmente alguien que, en el mejor de los casos, da con la ruta que nos facilita el tránsito por ese bosque espeso que a veces es la vida. Así unos ganan y otros pierden, y lo que nosotros ganamos ayer lo perdemos hoy. Pero si yo lo perdí entonces me consuela ¿no obstante y como buen filántropo? que lo fundamental no haya desaparecido, y allá lejos, ahora, alguien puede haber encontrado al fin su propia filofisioterapia. Pues de todo corazón, que lo disfrute.

Confío en que ahora quede algo más claro cuál es la naturaleza del profesional que busca un filofisioterapeuta de mi condición. Y así, en la esperanza de haberme explicado suficientemente, bendigo al fin este anuncio y confío, después de unas argumentaciones escritas con sintética templanza comunicativa, en que la aplicación no me juegue una mala pasada y me deje colgado y contracturado. Por supuesto, si ustedes conocen a alguien con estas características no duden en recomendármelo en seguida, contestando mi anuncio o bien por cualquiera de los medios de contacto que dejo publicados junto a éste.

MARI CARMEN RUBIO DEL PULGAR

pinceles y ensoñación

Como fuego, como agua, como tierra,
Como agua, como aire, como fuego...
Cual caballero andante por tierras de los hidalgos
te anuncias blandiendo sueños

¿Te dio permiso Vulcano para empapar de escarlatas
las primaveras de Malta?
¿O es que fue tal vez Neptuno quien derramó en la paleta
tanta majestad y fuerza?
Guerreando en tu pincel pugnan el mar y la tierra...
¿Acaso la noche oscura eriza las bestias negras?
¿Acaso blancas espadas engullen sus fauces fieras?
Entre tanto, en la ciudad, vagan marañas a ciegas...

Te prefiero en las contiendas de cromatismo y cristal
Te quiero en tu mar de brumas, en el trazo sensual,
en el ocre humilde, te quiero, de la forma mineral,
en paisajes terracota, en rocinantes pinceles

en pos de un botín de sueños.....
¡En lienzos de luna nueva preñados de libertad ! .

puente y corona de imperio

Se escapa la tarde y, con ella,
los pasos recorridos en su faz...

Al puente, mudo espectador de la algarabía del mundo,
se le escapan por los ojos, como agua derramada entre los
dedos,
tropeles de ensueños, de huellas de pasos silentes,
de latidos de tiempos añejos, de levedad de resonancias
en la leyenda de siglos que oculta su entraña...

Mi mano acaricia su piel de perfiles seculares,
de improntas que rotulan surcos en su vasta historia...
El vestido del tiempo la impregna de esencia de peregrinos,
de aromas que trascienden sus puertas de luz,
de piedras transitadas por mundos de tolerancia...

La arrogancia, en sus torres, custodia el crisol de su alquimia...
Por la arcada se recrean, caprichosos, los espejos de agua,
Pupilas donde se funden las miradas de otros pueblos...
Embaucados, los puntales, dan escolta al Tajo en su cantinela...
Se escapa la tarde y, con ella,
la levedad de mis silentes pasos en su faz ...

¡Puente altanero de Alcántara! ¡Gallardo el de San Martín!

¡Desde oriente hasta occidente, del Alcántara arabesco
al San Martín medieval, ciñe corona la roca
de la ciudad imperial...

Toledo, Julio de 2009

puntal

Un rumor ancestral agita el viento...
Obstinada, la ola, orada el hueco donde anidan
los quejidos sempiternos.
Al lado, inhiesta, en piedra, ¡alma y estampa a un tiempo!
po!

Torrentes de cristal le besan las plantas batiéndose
en guirnaldas de espumas.
Espadas de luz pugnan con ellos en secular batalla ...
Con mirada perdida, sus pétreas estrellas, parecen abarcar
los confines del orbe
y se diría que, como ausente, camufla los sueños
entre horizontes de fuego.
Su tocado de piedra custodia el juicio de siglos...
y en el pulso le late la historia del mundo
porque su vientre ha parido todas las generaciones
y de sus senos se ha bebido la vida.
Sus labios alentaron corazones y su llanto de escarcha
ha lavado las heridas de todas las guerras ...
Los secretos del universo le prenden del alma
para sembrar el futuro, sin que se note,
Mujer, ¡ piedra, puntal, guía y eje!

MARÍA LUISA GONZÁLEZ RUIZ

la lluvia

La caricia de los dedos en la rosa
deslizando las gotitas de rocío mañanero,
el frescor que se siente en el cristal
al dibujar una sonrisa de vaho, lo quiero.

Quiero la fina niebla que pega mis pestañas,
las primeras gotas que chispean en la luna
de mi coche y aún tardo en limpiar,
quiero que caigan suaves, una a una.

Prefiero mojarme despacio, sólo un poco.
No quiero abrir el paraguas de la lucha,
no quiero estar preparada para llorar,
pero en mi vida es necesario como la ducha.

Me empapa la tormenta y no quiero
humedecerme con temores continuos
que preceden a aguaceros.

mentira

No hace falta que sonrías
bajando la mirada al suelo
o que cuentes una larga historia
mientras te rascas el pelo.

No me vengas con mitologías,
no eres un Poseidón en la costas,
yo sólo veo a un sátiro
y todos tienen las patas muy cortas.

No me presentes la luna
disfrazada de piedad,
seguirá siendo una mentira,
aunque asegures que es la pura verdad.

Tus manos

Existen manos que saludan sonriendo,
escriben cartas de amor imposible,
ofrecen rosas de aniversario,
intentan atrapar estrellas de colores,
dibujan nudos de corbata,
abren puertas y ascensores y
ceden asientos a damas y ancianos.
Pero yo conozco unas manos ásperas
que tiraron un cigarro al olvido,
acariciaron, temblorosas una amapola,
empujaron con fuerza y sin anestesia,

acunaron a muñecos de cristal,
subieron al infierno y bajaron a mi cielo,
ofrecen comida a las palomas de nuestro parque y
arrojan pies fríos con plumas de cisnes.

Estas manos, son las que encontré
buscando en las lindes de mis brazos.
¿Serán las encargadas de acariciar
una piel de mármol blanco?
Sus huellas dactilares
marcarán la respuesta.

SANTIAGO SASTRE

aceptar las cosas tal como son

¿Por qué explicar a la rana el desierto?
¿Por qué hablar al viento de la rodilla?
¿Por qué sentar al musgo con la arcilla?
A ningún bebé le interesa un muerto.

¿Por qué decir al sol lo que es un tuerto?
La miel no sabe qué es una cerilla.
La esperanza no se sienta en la silla.
La liebre nunca ha dormido en el puerto.

Si al final cada cosa es cada cosa
todo ocupa en el mundo su lugar
y se afana en su oficio y su bandera.

Raíces tiene hasta una mariposa.
Todo se acostumbra a su navegar
y es pirata de mar o de pecera.

la ilustre fregona

Vamos a hacer limpieza, vida mía.
En la bolsa de basura echaremos
los reproches, esos momentos duros
en los que nos quitamos la razón
delante de los niños, ese impulso
que siempre se cuele por lo bajini
por intentar vivir a cuerpo de rey.
También habrá que compartir el mando
de la tele, poner en cuarentena
los extraños dolores de cabeza
que ensucian nuestros árboles con nidos
roñosos. Nos sobran muchos papeles,
los números nos atan al horario,
el caprichoso calcetín que asoma
su anarquía detrás de los sillones,
esa inclinación natural y lógica
que le lleva a cada uno a ser isla,
este buen rey Palomo que me guiso
y que me como. Tengo que graduarme
la vista para ver bien las pelusas
(quizá porque aún no han germinado y viven
en el mismo piso que las patatas)
y no sé hasta qué punto hay que fregar
el suelo de la cocina si vive
una pequeña mancha en un rincón.
Quizá mi orden no concuerda con tu orden.
Mis costumbres arañan tus costumbres.
Ahora que vamos a hacer limpieza
debemos arrojar todas las cosas

que nos dejan metidos en sí mismos
asumiendo un confortable aleluya
en el que cada uno anda con la suya.
La limpieza que brilla es aprender
cada tarde a vivir en el nosotros
en el que apuntalamos nuestra casa.
Esta es la madre de todos los trapos.
Da igual que se ponga todo perdido
con restos de naufragios y de enseres
con los que la convivencia tropieza.
Entonces cobra fuerza este sentido
del limpiar del cepillo y la fregona
si hacia el mismo recogedor barremos.

higiene y matemáticas

Sé de una línea
que echó a uno de sus puntos
por no ducharse

ANA FERREIRA

no soneto

Un soneto me manda hacer Violante,
en el aprieto y por si acaso,
mejor será, que pase yo delante.
En el país de los tuertos, el ciego es el rey.
La diosa bendice desde su sexo
la danza del fuego de las hormonas,
y unta los cuerpos con polvo de Venus.
El dios macho, más o menos cabrió
toca con su verga la inocencia,
y ruge de placer, dolor, placer.
Los ojos de los niños miran grandes
cómo los adultos giran sobre sí mismos,
ruleta rusa, hula hop maldito.
Cuando proyecto mi sombra en las noches sin luces,
sobre el asfalto de la carretera,
las abejas zumban, en sus colmenas prefabricadas,
porque saben que a la luz de la vela asomará el destino.
Si en el plenilunio aúllas, Lilth en llamas,
cubre el rostro del amado con pan de oro
y sal a correr al viento; siroco o céfiro encantado,
brisa matutina o cierzo alado.
Si discordante vibra la vida en tu tiroides,

trágate el yodo como si fuera sangre,
y salta por encima de los bobos.
Un soneto me manda hacer Violante
Ronda rondando...una piedra del camino.

ENRIQUE GALINDO

la estrategia del caracol

Lento.

Ve pasar la historia sin historia,
y la riqueza de matices del estío.

Lento.

En parsimonia con la vida y el invierno
contando los silencios y las sombras,
viendo deslizarse un espejismo cada vez,
un silbido de siglos inconclusos.

Lento.

La máscara desnuda y desnudada,
la risa encima de las copas
el ropero vacío de gabardinas.

Lento.

Como el tiempo de las algas,
caracol meditando su estrategia.

Lento.

La cáscara mudada y demudada,
la casa encima de la ropa,
el perchero vacío de golondrinas.

los viernes

Todo lo malo le pasaba los viernes
(a los demás, los lunes).
El gato moría de abulia (los viernes).
La iguana no dejaba dormir con sus ladridos (de hiena).
El agujero negro del hambre se abría (al hambre)
La ansiedad se disparaba cientos de grados (Fahrenheit).
El alma se le encogía sobre el estómago (de incertidumbre).
La calle se desadoquinaba (a su paso).
Eso ocurría como surgido de un hechizo (los viernes),
o cuando la semana desembocaba en ese día (aciago).
Cualquier hecho era susceptible de acaecer (en su imaginación).
Todo eso (le pasaba) los viernes.
Como ahora (fin de mes y de poema)
que empiezan a ser agobiantes los paréntesis.

OLGA FERNÁNDEZ

no temáis a los ángeles

En uno de los cementerios de la capital española, se erigía un panteón coronado por la figura de un ángel (no dirá el narrador el nombre del camposanto por discreción y prudencia, aunque sospecha que muy pronto la perspicacia y amplia cultura del lector harán inútiles tales precauciones). Este ángel, tallado en piedra caliza, señalaba el cielo con la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía una trompeta, que apoyaba en la rodilla. Las alas desplegadas apuntaban hacia arriba; la melena y la túnica parecían agitadas por el viento. Sin ser una figura tosca o vulgar, no era especialmente notable, como tampoco lo era el panteón mismo sobre el que se alzaba, propiedad de una familia adinerada. Ni uno ni otro podían competir con otras esculturas más bellas o llamativas, ni con otras construcciones funerarias de mayor tamaño y mérito.

Había en esa tumba signos de abandono, como hierbajos ante la puerta del panteón, manchas de humedad y grietas. Además, exceptuando los gatos, no parecía que nadie la visitase. Nunca se veían flores, ni siquiera en los días de culto a los difuntos, lo que haría pensar a quien pasase en esos días ante ella que no quedaba ya nadie vivo en la familia o que los descendientes habían elegido otro lugar para el descanso eterno. Así pues, sobre ese panteón, mediocre entre los mausoleos de un cementerio monumental, él ángel soportaba, des-

de 1892, con el estoicismo propio de todas las estatuas, la corrosión del sol, el viento, la lluvia y otros meteoros, junto con la invasión del líquenes que lo afeaban.

Por todo lo dicho, no parecía previsible que ni el ángel ni el resto del monumento fueran a pasar a la historia, no ya a la Historia con mayúscula, sino a la otra, escrita en letra pequeña: la de los cronistas municipales, la separata de algún doctorando, las parcas explicaciones de los guías o la webs turísticas de los ayuntamientos. Ninguno de los fallecidos había hecho nada que le pudiera granjear fama, siquiera por tener el suficiente gusto y dinero como para escoger un escultor de talento o un arquitecto de renombre y así contradecir el dicho popular consiguiendo que se besase al santo, no por el santo mismo, sino por la peana. A lo más que podía aspirar era que su imagen se incluyera en un barrido fotográfico de algún visitante que después lo colgase en su blog, pero también aquello parecía azaroso, porque esos álbumes digitales se deben exclusivamente a la subjetividad del fotógrafo aficionado, que suele fijarse en obras auténticamente valiosas o en detalles bizarros y chocantes, pero raramente en las piezas anodinas. Sin embargo, por esa vía fue por la que nuestro discreto ángel saltó a la sospechosa, pero efectiva fama de la ubicua red, si bien no fue la fotografía sola sino un relato que la acompañaba, de sintaxis pobre y ortografía defectuosa, la que lo sacó de su anonimato.

Sucedió que un día, un profesor de Ciencias Sociales decidió llevar a sus alumnos de 4º de la ESO a una excursión consistente en un recorrido por algunos cementerios y tumbas de interés histórico y monumental. Faltaban quince días para lo que siempre se habían llamado “Fiestas de los santos” y que ahora los jóvenes llamaban “Halloween”. Don Amador Lindo Bosque, que así se llamaba el profesor, era

hombre que se acercaba ya a los sesenta y había conocido tiempos en los que el Halloween no existía para los españoles y el cambio a la estación otoñal se marcaba culturalmente con las castañas asadas, la enésima representación del Don Juan, y los buñuelos de viento.

-Ya ni siquiera los de Lengua les mandan a los muchachos leer el Tenorio –pensaba disgustado don Amador.

El hecho era que don Amador mantenía una secreta enemistad con la fiesta de Halloween, que nunca había exteriorizado para evitar problemas con sus compañeros de inglés. Lo consideraba un efecto más de la inexorable globalización cultural, una invasión extranjera que desplazaba a las buenas tradiciones nacionales y, sobre todo, una fiesta tontorrón, donde los muchachos se anticipaban al carnaval disfrazándose de mamarrachos terroríficos con caretas y trajes de los bazares chinos.

Ello no significaba que don Amador fuera un hombre intolerante, xenófobo o de mente arcaica. Lo que le dolía era que sus alumnos despreciaran su explicación sobre la revolución industrial, realizada con un elaborado PowerPoint, y, mientras él se esforzaba por ser didáctico y ameno, ellos pintasen brujas o recortaran calabacitas subrepticamente para el concurso de espantos de Halloween que había organizado el Departamento de Inglés (en complicidad manifiesta con el de Plástica) y con cuyas obras se empapelaba después la planta baja del Instituto. Don Amador no era, repetimos, un reaccionario mentalmente anquilosado, pero eso sí, no podía negarse que estaba poseído por algún átomo de aquel espíritu patriótico que había animado a Agustina de Aragón o a los héroes de Cavite. Así pues, decidió que aquella excursión no solo era interesante desde el punto de vista del currículo, sino que serviría para reconciliar a los alumnos con las cas-

tizas costumbres españolas y mostrarles a los personajes insignes que habían protagonizado la historia nacional. Como solo disponía de una mañana, decidió seleccionar tres lugares: el Panteón de hombre ilustres, las tumbas de Fernando VI y Bárbara de Braganza y el Cementerio donde nuestro ángel y sus difuntos esperaban pacientemente el Fin de los Tiempos.

Don Amador, sus alumnos y otra profesora de refuerzo, que ese día tenía el horario lectivo descargado, llegaron al camposanto un poco después del mediodía. Los muchachos escucharon con desigual interés las explicaciones de su profesor: algunos tomaban notas aplicadamente para el trabajo que después deberían realizar; otros desconectaban su atención de forma intermitente, confiados en la supuesta omnisciencia de la Wikipedia; los más mostraban escasísima predisposición para hacer un hueco en su mente a Meléndez Valdés, Moratín, Goya, Larra, el Modernismo, o la escultura funeraria. Según el famoso Sherlock Holmes, la mente es una buhardilla llena de trastos, que de vez en cuando hay que desalojar para meter muebles nuevos. Aquellos chicos tenían bastante espacio, pero a algunos no les gustaba el mobiliario propuesto por don Amador y escogían otros detalles decorativos. Don Amador pretendía pulsar su sensibilidad artística mostrándoles la bella escultura del ángel femenino de Monteverde, pero buena porción de aquellos mozalbetes estaban más interesados en algunas grotescas figurillas, tales como gárgolas, máscaras, relieves con símbolos cabalísticos, murciélagos, búhos, calaveras y otras zarandajas, a las que fotografiaban con el mismo entusiasmo que si fueran turistas japoneses. Aquella parafernalia lúgubre, adorno de capiteles, zócalos y frisos de varios panteones, no era extraña en los camposantos monumentales, pero ciertamente parecía

más propia de videojuegos y películas de miedo para adolescentes. ¿Había fracasado, al cabo, don Amador al no alcanzar los Objetivos de la Actividad? No podría asegurarse tal cosa, más bien decir que no habían sido alcanzados en su totalidad. Tal vez don Amador debía de haber adobado más su explicación con anécdotas de espectros, pero aunque los resultados no fueran enteramente del gusto del profesor, había, en cambio, entre los alumnos uno que estaba disfrutando muchísimo.

Este chico, al que podríamos llamar Jonathan García, era extraordinariamente aficionado al esoterismo, la magia, asuntos sobrenaturales y misterios en general. Así pues, fatigaba, como escribió el poeta, las selvas de la red, buscando páginas como El rincón de lo oculto, Krepuskulo Ghotiko, Terror para todos, etc., sin olvidar las ouijas digitales o esas webs hechas expreso para criaturas de la ESO, en las que, en medio de esqueletos bailarines, se ofrece al temerario internauta el conocimiento de la fecha y hora exacta de su muerte. Jonathan García lo sabía todo sobre los sarcófagos móviles de las Barbados, la desaparición del Mary Celeste, los fantasmas del palacio de Linares, y otras estremecedoras historias que sería impertinente mencionar aquí. Pero si alguien pensara que los gustos del muchacho se traducían en un aspecto inquietante y en un comportamiento excéntrico o conflictivo, estaría completamente equivocado. Jonathan era un chico discreto y tranquilo, de los que apenas suscitaban comentarios en las evaluaciones porque aprobaba todo, aunque no con notas brillantes. Entre sus compañeros no estaba mal aceptado, si bien era un poco tímido, a lo que contribuía el acné con granitos purulentos que le cubría la cara, y que había resistido a toda clase de potingues astringentes. Es cierto que si su figura hubiera sido cumplido reflejo de su

personalidad, nuestro chico hubiera llevado un atuendo que le hiciera merecedor de una invitación a la casa de los Addams, en vez de una sudadera roja, unos pantalones de chándal grises y unas deportivas de mercadillo, pero no le interesaba acabar con reputación de raro y, por otro lado, tampoco eso era necesario. Por ejemplo, un ardiente revolucionario como Robespierre iba siempre como un pincel, hecho un petimetre; por tanto, aunque su aspecto no lo revelara, Jonathan era tan dado a lo fúnebre y sobrenatural como el más desmelenado poeta romántico o el más tenebroso de los miembros de las tribus góticas.

Ni que decirse tiene que el chico estaba agotando casi su tarjeta de fotos, aprovechando al máximo la oportunidad de estar en un cementerio tan bonito. Nunca había estado en uno como ese. Vivía en uno de esos pueblos dormitorio de Madrid, en un adosado clónico de una urbanización modesta y el cementerio de allí le parecía tan interesante como una cancha de baloncesto. No había hecho mucho caso a la explicación de don Amador, pero a cambio éste podía estar seguro de no tener un alumno que hiciese con más interés el trabajo que le iba a pedir, ni que se fuera con más pesar de aquel lugar en el que de buen grado se habría quedado el resto del día. Precisamente, cuando don Amador había dado por terminada la visita y tenían que regresar al autobús, Jonathan vio el mausoleo con el ángel, que le recordó a otro que había visto en Internet y que, al parecer, tenía una maldición. Dos gatos negros, que tomaban el sol delante de la puerta del panteón, con la prestancia inherente a los felinos, contribuyeron también a la escenografía siniestra, y el muchacho se quedó rezagado sin oír las voces de llamada de don Amador. Solo cuando el profesor se acercó y le agarró de una manga, sacándolo a la fuerza de allí, dejó nuestro chico gra-

nujiento de fotografiar el mausoleo y a su ángel. En autobús, mientras regresaba al Instituto, le vino de pronto una ocurrencia que le pareció una estupenda idea.

Margarita Rodríguez Rodríguez había hecho su tesis, ocho años atrás, sobre escultura del siglo XIX y había escrito también algunos artículos publicados en revistas subvencionadas. La escultura funeraria había ocupado gran parte de su investigación y en particular le habían interesado los ángeles. Conocía, por tanto, nuestro cementerio a la perfección. En ese momento estaba planteándose escribir algo sobre iconografía angélica, tomando como base ciertas afirmaciones que había leído en un artículo reciente y que no le parecían muy acertadas (¡Ay de aquel que tropiece con un especialista en lo que sea! El más pequeño error, ya sea sobre iconografía angélica o sobre la morfosintaxis del dialecto jónico, desencadenará desgarros de vestiduras y un ansia inmediata de sacar del pozo de la ignorancia -aunque sea un pozo muy pequeñito- a la humanidad en general y, en particular, al atrevido autor, que no ha tenido la decencia de hacer una extensa tesis o pasarse largos años estudiando el asunto).

Margarita hacía un rastreo rutinario en Google, por si algún artículo desconocido para ella flotaba por el inmenso océano de Internet, como pecio fantasma, cuando al teclear “escultura ángeles cementerios”, entre uno de los muchos resultados desechables, apareció el nombre del cementerio de marras y, sobre todo, la frase que remitía a un texto: “La sombra del ángel de la muerte”. Margarita lo abrió, por pura curiosidad.

El texto y las fotos que lo ilustraban (había tres colgadas) estaban en una página llamada El blog de Nosferatu. Se trataba de un relato colgado por un tal Belcegor y no le hizo

falta acabar de leerlo para saber que era una leyenda urbana de reciente creación, probablemente fruto del ingenio volandero de algún muchacho que ocupaba su tiempo en inventar cuentos de miedo en vez de hacer la tarea de Matemáticas. La figura le resultaba familiar, probablemente habría pasado por delante de ella en varias ocasiones, pero no le había llamado mucho la atención. En cuanto a la leyenda, en esencia decía que quien había construido la tumba había conseguido su fortuna por medio de negocios turbios que le habían llevado a cometer asesinatos y el ángel había heredado la maldad del difunto. Así, todo el que se pusiera bajo la sombra de su brazo, que funcionaba como el gnomon de un reloj de sol, moriría en el plazo de una semana. Margarita conocía una leyenda similar, referida a otra figura de ángel funerario, esta vez en un cementerio del País Vasco, solo que el anónimo autor había elaborado un poco más el relato, pues en aquel caso uno se moría solo si el ángel decidía bajar el brazo y señalarlo con el dedo, con lo cual la leyenda entroncaba con un asunto de raigambre literaria y antiguo origen folklórico : el tema de las estatuas animadas sobrenaturalmente para castigar a los mortales que cometen sacrilegios o graves pecados, usado por varios escritores de renombre. Pero el tal Belcegor no se andaba con exquisiteces en cuanto a la imitatio y, además, daba otra vuelta de tuerca (o eso creía él) a lo terrorífico, pues ya no era necesario que se produjese el milagro de que la estatua cobrase vida, sino que bastaba un día soleado para que no hubiese mortal seguro alrededor del ángel. Belcegor acababa la leyenda diciendo que solo cuando llovía o estaba nublado se podía acercar uno a la tumba.

Aquello que era, evidentemente, una tontería como la copa de un pino, hizo sonreír a Margarita, pero al mismo tiempo se dijo que no se perdía nada por localizar la figura y verla

con un poco de detenimiento, por si acaso había en ella algún detalle que pudiera resultarle de interés; además, tenía previsto volver al cementerio un día de esos. Copió las fotos y las incluyó entre las muchas que guardaba en su carpeta “Ángeles cementerio S.I.”

Margarita se hallaba delante del panteón, con la cámara preparada para hacerle sus propias fotos al ángel. La figura no carecía de belleza, pero adolecía de esa frialdad propia de las figuras académicas del XIX, si bien ésta era preferible a la dulzona ternura de algunas malas esculturas modernistas de la misma época.

La iconografía era también convencional: la del ángel guardián que representa a todos los custodios de los difuntos, el ángel que alienta la esperanza de la resurrección y asegura el consuelo para el alma salva, aunque no totalmente limpia, que purga sus pecados acompañada de su protector. Ese ángel tenía un rostro femenino, pero era perfectamente andrógino, sin rastro de senos, a diferencia de otros que abundaban en los cementerios decimonónicos. Era una figura de taller, aunque de buena calidad. Los pliegues de la túnica estaban rgo cabello, echado a un lado, mostraban un movimiento que contrarrestaban la rigidez del cuerpo. En un cementerio aristocrático como ése, tal escultura podía pasar desapercibida, pero en uno más moderno y plebeyo, plagado de lápidas de granito pulido y cristos de resina imitación bronce, aquel ángel hubiera sido una pieza muy destacada.

Margarita pulsó el zoom de la cámara e hizo un primer plano de la cara del ángel.

-¿Qué has hecho tú, pobrecito mío, para que ese friki la haya tomado contigo? -pensó.

Tocaba ahora hacer un plano frontal de cuerpo entero y luego uno de espaldas, para que se apreciaran bien los plie-

gues de la túnica y, por fin, dos laterales. Después de tomar la figura de cuerpo entero, Margarita cayó en la cuenta de que no iba a poder fotografiar la sombra del brazo del ángel porque estaba nublado. Lo cierto es que no había escogido el día adecuado. La jornada anterior había hecho sol y no había prestado mucha atención a las previsiones meteorológicas. Si lo hubiera hecho, se habría enterado de que se preveían intervalos de sol y nubes. Margarita se había levantado a las nueve menos cuarto encontrándose con que el día, que era sábado, estaba grisantón, aunque no se apreciaban los oscuros nimbus portadores de lluvia; pese a ello, Margarita, que no había sido nunca capaz de distinguir los diferentes tipos de nubes, había echado un paraguas en el bolso. Tenía el coche en el taller, pero no por eso desistió de ir, así que cogió el metro desde Plaza Elíptica, donde vivía, hasta Ópera y desde allí un autobús que le había dejado en la puerta del cementerio unos minutos después de las diez y media. Mientras iba en el autobús, había visto cómo el dorado Febo intentaba meter sus luminosos deditos entre las nubes en un par de ocasiones, pero no había podido encontrar hueco y cuando la investigadora se adentró en el camposanto, éste estaba envuelto en una atmósfera melancólica que habría hecho las delicias de un temperamento romántico, que por cierto no poseía Margarita. Ella habría preferido un día soleado, pero se conformaba con que no acabase lloviendo.

Margarita rodeó la tumba y fotografió la espalda del ángel, sus alas picudas, su melena ondulante y los drapeados de la túnica. Mientras ajustaba el plano en la pantallita de la máquina, notó que la intensidad de la luz aumentaba. Miró al cielo y tuvo que entrecerrar los ojos porque las nubes habían dejando libre un trecho y el dorado Febo no había desperdiciado la ocasión. En unos segundos, el brazo del ángel

proyectaba una débil sombra y un minuto más tarde la sombra estaba ya bien marcada sobre el suelo.

Bueno –se dijo Margarita-, esto está mejor. Haré un plano frontal en que se vea bien la sombra del brazo.

El hecho era que para volver a la posición inicial Margarita debía pasar por debajo del brazo, es decir, ponerse bajo la sombra maldita, lo que no suponía ningún problema para alguien racional como ella. Naturalmente, podía rodear la tumba por el lado izquierdo de la de la figura y evitar la sombra, pero eso habría supuesto reconocer, aunque fuese solo en su fuero interno, que creía en la absurda superstición y estaba dispuesta a seguirle el juego al internauta novelero.

El perímetro del Panteón estaba rodeado por una cadena herrumbrosa, sostenida por cuatro pilastras cuadradas de un metro de altura. Margarita echó a andar, pero cuando faltaban escasamente veinte centímetros para que su cuerpo quedase bajo la sombra, se quedó inmóvil. Quiso continuar pero algo le impedía moverse, sus pies estaban clavados en el suelo. Con la cámara en la mano, inmóvil era como un juguete sin pilas o un autómata eléctrico privado repentinamente de la corriente. Dos o tres pasos y pasaría bajo la sombra del brazo de la escultura, pero el caso era que no los daba. Margarita notaba cómo su voluntad parecía ir por un lado y sus músculos por otro. Recordó aquella película de Buñuel, de título curiosamente apropiado para el momento, *El ángel exterminador*. En ella, un grupo de personajes de la alta sociedad, invitados a una elegante cena, son incapaces de salir del salón de música donde toman unas copas, sin que haya ninguna razón para ello, ningún obstáculo físico, ningún peligro o amenaza. Simplemente no pueden atravesar el umbral de la puerta. Margarita se daba cuenta de que

se hallaba en similar situación, solo que esta vez había un motivo para no querer moverse, si bien éste era tan irracional como la absurda aversión de los invitados de la película. Se trataba sencillamente del miedo, un miedo que le había surgido de pronto, sin aviso previo, como el dolor agudo de un infarto o el ataque de una fiera agazapada.

-Me estoy asustando por lo que ha escrito un chaval, soy tonta de remate, más tonta que el que lo ha escrito –pensó.

Quizá fuera una venganza del destino por las veces que se había reído de su vecina, que iba a que le echaran las cartas y se gastaba un dineral llamando a los canales de brujas de la tele; o de su primo, quien llevaba siempre en el bolsillo una cruz de Caravaca, no sentaba nunca en un asiento con el número trece y no pasaba el salero en la mesa con la mano, si no empujándolo con el mango del cuchillo.

¡Ay los miedos atávicos! El hombre siempre había temido a la muerte y el lugar en que ésta se mostraba como dueña y señora, aquel en que guardaba sus trofeos como una hurraca macabra, había despertado sentimientos de respeto, y sobre todo, de inquietud y terror. Estos terrores se ramificaban sutilmente en diferentes especies, como los animales y las plantas. Margarita era víctima de uno de estos miedos que no podía controlar y que trajo a su vez la vergüenza de la impotencia. Solo había sentido un bochorno comparable una vez en que en el colegio, cuando estaba en Primero de EGB, se orinó en clase porque la monja que tenía por maestra le negó repetidamente el permiso para ir al “cuartito” (término eufemístico infantil con que las niñas denominaban al retrete). Sentir el líquido caliente corriendo por las piernas abajo, mojando los calcetinitos blancos y los zapatos nuevos, oír las risas de sus compañeras y ver el gesto de profundo desagrado (ni un asomo de compasión) en la cara de la vieja monja,

había sido una experiencia terriblemente humillante. Ahora aquel miedo se deslizaba por su mente igual que el traidor y sucio pipí, a la vez que su conciencia racional la miraba con la misma desaprobación que sor Vicenta.

Pero tal vez fue el recuerdo de esa humillación lo que la empujó, casi sin darse cuenta, a dar los tres pasos y cruzar bajo la sombra del brazo del ángel. Después de hacerlo, sintió una sensación de alivio y satisfacción, incluso orgullo, como si hubiera realizado un acto heroico. Se volvió y disparó varias veces la cámara: hizo contrapicados del brazo del ángel, volvió a poner el zoom enfocando el rostro y lo alejó para sacarlo de cuerpo entero, sacó también la fea puerta de la tumba, con su reja oxidada y el hueco por donde se colaban los gatos; disparaba un poco a lo loco, casi como si la cámara fuera un revolver y estuviese ella en el puesto del vaquero bueno que se defiende del pistolero malo. Había hecho ya bastantes fotos cuando oyó una especie de chasquido y un golpe seco, unido a otro sonido metálico. Miró y soltó un chillido agudo como una rata atrapada en el cepo.

Delante de ella, escasamente a medio metro, estaba la mano del ángel con su dedo índice apuntándola. Un poco más atrás, se hallaba el antebrazo, partido en dos pedazos. El resto del brazo, que había chocado contra la cadena, estaba al otro lado de ella, en el perímetro interior del mausoleo.

Margarita se sentó en el suelo, le flaqueaban tanto las piernas que no hizo intento de buscar un lugar donde sentarse, ni siquiera una lápida cercana. Una mujer mayor, con un abrigo de nutria algo despeluchado, se le acercó:

-¿Está bien, señora? ¿Le ha caído algo? -La mujer le miró la cabeza, como para comprobar si tenía alguna brecha.

Margarita, con un hilillo de voz, contestó que estaba bien, que no tenía nada, que solo había sido el susto.

Un hombre, también mayor, calvo, con panza abacial y chaquetón de fieltro marrón, se acercó también, y le alargó la mano para ayudarla a levantarse.

-Ha tenido usted suerte, porque por poco no le cae encima, y si la pilla, igual la deja en el sitio.

-¿Es usted familiar de los de este panteón? -inquirió la mujer del abrigo peludo.

- No, no señora, yo solo he venido a hacer fotos a algunas figuras del cementerio. Yo estudio escultura funeraria.

Los ancianos la miraron como si hubiera dicho que se dedicaba a disecar camaleones o a traducir el Quijote al sánscrito. No obstante, la mujer cubierta por el pellejo de nutria hizo un comentario que de alguna forma podía considerarse como solidario con la labor de la asustada investigadora.

-En este cementerio hay esculturas muy bonitas y es una pena que algunas tumbas y estatuas estén descuidadas, incluso hay lápidas hundidas, pero claro, no deben tener ya parientes que se ocupen. Nosotros hace poco hemos tenido que cambiar la lápida de la tumba de mis padres porque estaba rajada.

-Es lo que pasa cuando no hay mantenimiento -añadió el hombre-, el ángel este debía de tener una grieta en el brazo y se ha acabado cayendo y ya verá usted como se quedan los pedazos esos ahí días y días.

A Margarita eso le importaba muy poco. Miró de reojo al ángel mutilado, se sacudió el trasero en donde se habían pegado unos granitos de arena, se guardó la cámara en el bolso y se dispuso a irse, no sin dar antes las gracias a los ancianos por su amabilidad. Cuando atravesó la puerta del camposanto se sintió como si despertara de una pesadilla. Mien-

tras esperaba el autobús y fumaba un cigarrillo para tranquilizarse, pensó que Belcegor tendría que borrar o cambiar su historia, a no ser que ahora dijera que el ángel amenazaba con las alas o con la trompeta. Lo había pasado mal, pero al menos nadie volvería a temer el poder maléfico de la sombra del brazo del ángel, que ahora yacía destrozado en suelo. Recordó entonces que había leído en un libro sobre angelología que los mensajeros celestiales que se presentaban ante los hombres siempre decían : “no temáis”. También se negaban, salvo raros casos, a revelar su nombre y cuando lo hacían, éste era siempre un atributo divino. Podría ser, como apuntaba un místico judío porque sus nombres auténticos tuvieran más de ciento veinte sílabas o porque carecieran de él, como especulaban ciertos teólogos católicos, ya que entre ellos no necesitaban nombrarse. Dios los distinguía a todos, pues cada uno era individuo irrepetible y único. Solo se nombra aquello que hay que distinguir de lo igual semejante. Quizá por eso en algunas religiones no se puede mencionar el nombre del Ser Supremo. El nombre, en el fondo, es un torpe esfuerzo por escapar de la insignificancia que supone ser uno más entre muchos.

Con estas divagaciones Margarita consiguió distraer su cabeza de la extraña y desagradable experiencia. Cuando vio que llegaba el autobús, tiró el cigarrillo e interrumpió sus pensamientos. Montada en el autobús, vio alejarse las tapias del ilustre camposanto y juró no pisar un cementerio en mucho tiempo y ése menos que ninguno. Había allí demasiados ángeles a los que no temer.

INMACULADA GÓMEZ

simón y las abejas

¡Simóooon...! Debe haber salido. Simóooooon. Bueno, yo la atenderé. Que sepa que es cosecha natural y si lleva este grande le sale medio kilo gratis.

La miel tenía un aspecto estupendo. No el típico amielado de las grandes superficies que, sin serlo, reproduce la textura que las abejas le confieren. Sino una consistencia mucho más prieta, dadas las temperaturas bajas por demás que esta parte de León llega a alcanzar. También pudiera deberse a que era de brezo y a ese perenne rojizo que se adueñaba de todo el castro, fijo tanto en las piedras de su suelo como en la de sus moradas, construidas en su base con grandes ejemplares y , después de un metro, con lajas de cantera.

Camino de la casa de aquella nonagenaria, intenté averiguar cuál era el significado de los pequeños menhires y otras protuberancias como botijos colocados en los márgenes y caballetes de los tejados y, otras veces, encima de las chimeneas.

Sin más explicaciones literarias, Ezequiel, el fontanero, se rió de mis apreciaciones sobre brujas, mantos y escobas que el guía había hecho notar en otros poblados de la frontera asturleonera, limitándose a decir que no era más que una forma de señalar que una obra había sido concluida sin

percances para sus obreros; algo semejante a ese banderín de España cañí que surge del esqueleto de una arquitectura centro-ibérica, y que cuando este monolito, a veces enmohecido y florecido por el abrazo de numerosas nieves, aparecía sobre la chimenea, tenía una función distinta a la ornamental, pues evitaba que las lajas superpuestas al hueco por donde se escapaban los malos humos se despegaran y volaran al mandato del zaracio, crudelísimo.

Poco más de veinte pasos bastaron para tropezar con dos personajes que, en uno de los innumerables poyos con que cuenta la aldea, esperaban a la entrada y salida de viajeros para curiosear acerca de su aspecto, procedencia o conversaciones.

Allí se encontraba el mentado Simón, junto a Paulina.

Su aspecto era el de un avezado campesino que ha conseguido sobrevivir a las inclemencias de la comarca y, como buen maragato, continuaba con sus costumbres. ¿Para qué cambiarlas si le habían servido de escuela? Entre ellas contaba con la de acercarse con sigilo, como lo haría un animal a otro desconocido, después de que aquel le hubiera saludado con su particular lenguaje, sin entrañar amenaza alguna.

-Le ofrezco miel

-¿Qué?

-Que tengo miel, si quiere.

-Ya he comprado.

-¿Dónde?

El sigilo no entraña necesariamente más que comediimiento y precaución para no espantar a la presa, pero nadie había hablado de delicadeza y prudencia para no interferir en la vida privada de cada cual. Pero, ¿quién puede tener una vida privada en un lugar con 27 vecinos, como decía Paulina? Lo escondido, si no surge antes lo hace después de

toda nevada, y lo que oculta la polvareda rojiza de una ventisca lo destapa un buen reguero, así que, para qué aguardar a las nieves si puede verse en las sienes.

-Cuando cruza el puente, a la derecha.

-¿A la derecha o a la izquierda?

Obviamente, las coordenadas espacio-temporales del hombre de la tierra distan mucho de las del forastero... Y hubo que tomar como punto de partida el coche rojo, probablemente el mismo que aparece en la distinción entre adjetivo especificativo y explicativo, aunque en este caso sirviera para ambas cosas pues había varios coches aparcados en la pequeña chopera que queda a la derecha del puente que conducía al interior de la aldea, lugar hacia donde yo viandante encaminaba mi mirada y mi dedo acusador para que Simón siguiera su recorrido bajo la visera de su gorra raída y amarillenta de días y días de soleadas estancias en aquel poyete de madera, a la vuelta del camino de Bembibre.

-Entonces, es a la izquierda.

-Bueno, sí. El nº 25.

Después de enseñarle el producto, envasado bajo los más estrictos métodos del moderno reciclaje que nadie vendría a enseñarle a Simón ni a Alpidia, pues el hermético cierre ilustrado impedía intuir el interior de aquel continente que lo mismo anunciaba pimientos que judías, Simón bajaba la cabeza y, silencioso, asentía para después bisbisear.

-Lo que usted lleva es miel de verdad.

Con lo que quedaba cerrado aquel breve proceso inquisitorial en el que el celoso recolector no daba por suyo cualquier producto sin antes haber realizado las averiguaciones pertinentes.

Después de este profundo intercambio de pareceres en el que los gestos y el movimiento del cayado de ramal de cerezo

decían más que las escasas palabras que intercambiamos en la conversación, Simón se atrevió a continuar.

-¿Y cuánto le ha pedido?

-Ocho euros.

-Yo le hubiera pedido diez. ¡Verdad que son malas y retorcidas las mujeres!

-Pero, no diga eso. ¡Si esa mujer es un cielo!

De poco sirvió aquella observación después de descubrir que la encargada del dispensario era su mujer y no su madre, como esta me había hecho creer. Los intereses de ambos iban por una encrucijada, tal como las dos que aparecen en la localidad, que quintuplica sus habitantes en época estival. A una le interesaba vender toda la cosecha; al otro hacer negocio con las visitas y, en esa ganancia infundada, dejar la huella que atempera el carácter de los animales dominantes, los dueños del territorio frente a los deudos: he sido más listo, más aventajado, más sutil, más fuerte que tú, y en tu pago excesivo recupero mi dignidad de macho dominante; en definitiva, he conseguido humillarte, rendirte a mis exigencias.

Pero, desafortunadamente, eso no había sido así. Y el grado de desconfianza iba en aumento, haciéndome notar su insatisfacción en el trato.

-Ves, Simón. Si hubieras estado en tu casa... -aprovechaba Paulina para incitarlo, y recordarle que solo el amo cuida verdaderamente la hacienda.

Su forma de moverse, su inquietud, los mismos golpes del cerezo en el suelo, cuya parte inferior consiguió tronchar, mostraban el desacierto de una compañera que se guiaba con dos bastones a sus 93 años pero a la que él no podía liberar de su pensamiento por su trato desafortunado en la venta de miel. Y seguía golpeando el suelo sin sentido, como

si bajo el mismo polvo se hallase la espalda y los torpes brazos de Alpidia.

Al comprender que acabaría por romper el bastón, se acercó con la misma cautela inicial pero intentando averiguar la clase de hembra que tenía delante y que le miraba a los ojos, acostumbrado como estaba a que su cólera bajara inmediatamente la vista y la cerviz de cualquier mujer. Alpidia, su mujer, contaba con 93 años; él andaría a la zaga pero ni su vitalidad ni su instinto desvelaban la proximidad del siglo. Ágilmente, se dirigió a su presa de nuevo. Sin mirarla a la cara. Buscando el círculo telúrico que la rodeaba y colocándose próximo, siempre por el lado, nunca delante por más que ella se volteara.

Sin dejar de hablarle, se interesó por su procedencia y sus labores, dejando entrever que no todo el mundo sabía hacer el baño María para que la miel se deshiciera adecuadamente. Desde hacía tiempo había escrito en su mente un inmenso muro entre la gente del campo y la de la ciudad, y ella era forastera, así que este sería el tema que nuevamente acercara la animalidad de sus cuerpos.

-Y tú, ¿cómo lo haces?

-Mi madre me ha enseñado a poner un pequeño madero al fondo.

-Ya sabes más que yo. Ya no te lo digo.

-¡Ahora no me va dejar así!

Obviamente, Simón quería medir sus fuerzas con el elemento invasor, costear su ignorancia y, una vez más, dejar en evidencia sexo y procedencia. Pero, al parecer, no le salió la jugada y se bebió su propio vinagre como los mejores caldos de la comarca, sin rechistar. Todo ello no impidió que el rito evidencial se llevara a cabo situándose otra vez donde los ojos de su supuesto contrincante no pudieran cotejarlo, bus-

cando ese ángulo ciego que obliga al contrario a retroceder o a volverse hacia el agresor para encararle mientras el otro oponente ya ha encontrado un coche o una pared o un árbol para restringirle la huida. Dos animales mirándose de reojo, buscando, uno, el lado propicio para lanzarse y herir sin ser apresado; el otro, el encare para defenderse hasta que hubo comprobado que, o seguía el juego y se dejaba olisquear, se mantenía quieta a merced de su agresor, o este continuaría cercándola hasta derribarla. Tras el oportuno acercamiento que permitiría a los órganos sensoriales detectar el olor del miedo en su piel, cerca, muy cerca de su oído, a sus noventa y muchos años, le susurró la manera de hacer la miel al baño María, sin que el agua fumeara. Y corroboró a modo de confianza: “así queda como hecha por ellas mismas”, alejándose un par de metros, con la misma cautela con la que se había acercado y dejado la miel de su secreto a quien estaba casi seguro de que no volvería a ver, aunque esta le deseara un buen año y aquel le devolviera amablemente un “y usted que lo vea”.

J. LUÍS CALVO

monte segade / lugo

#1#

Non agochaba o bosque a proximidade dos páramos,
a ponte a morte dos relanzos?

Ese devezo que esbouraba coma un degaro no lume,
na súa plena arrogancia, auguraba as noites abolidas?

Que estraño vento nos levou aos fentos?
Sabiamos xa que a toda arelanza lle segue a súa negación,
e por iso a covardía en conquistar a verdade?

Cremos seguir a corrente,
pero entón o silencio e as súas rapaces
usurparon as horas.

#2#

Todo laído fala de nós.
Cada solsticio esganou a realidade que fomos.
E no tránsito obrigado cara a outros lares
extinguiuse o devezo.

O silencio anula toda verdade
coa súa rara querencia pola febre.
E só nos queda unha noite de néboa
e a vaga sospeita de que alguén a soñou.

Estes somos nós:
un ramallo de lembranzas onde habita o bosque.
A fonda incerteza
do que puido ser

e non foi

[Setembro, 2006]

CARLOS GEGÚNDEZ LÓPEZ

la vida es un juego

Las horas pasan despacio durante el día, por la noche el insomnio le va consumiendo, incluso teme que su aspecto pueda delatarle cuando pasea moribundo por la calle, su piel trémula, sus manos yertas, el rictus de su rostro pálido denotan inquietud, ante el espejo parece reconocer que esta vez estaba yendo demasiado lejos, aunque todavía tenía dudas y no sabía si sería capaz de cumplir el mandato.

Las semanas fueron pasando, unas veces la ansiedad y otras el desasosiego minaban sus fuerzas, le hacían titubear.

En aquella celda en penumbra, tenebrosa, lúgubre, se había sentido fuerte, incluso poderoso, pero al salir al exterior y tener que cumplir alguna misión para seguir adelante se sentía vulnerable, pero nunca como ahora, seguramente por la dificultad de su cometido.

Por un momento pensó en retirarse, pero el dinero que había acumulado en la banca aumentaba su deseo, incluso recordó a todos aquellos compañeros de aventura faltos de valor que habían sucumbido en su intento por llegar al final y estar entre los cinco elegidos.

Sin duda, era esto último lo que realmente le motivaba y más cuando estaba cerca de convertirse en uno de ellos, pero

tendría que armarse de valor para cumplir con lo ordenado.

Aquella mañana de septiembre miró el calendario y se dio cuenta de que el tiempo apremiaba, tenía desde el solsticio al equinoccio de verano para cumplir la orden y matar a un hereje.

Esta vez tenía que encarnar a Torquemada, el inquisidor.

Se encerró en su habitación, no comió, no cenó, no durmió ni pestañeó. Sentado en la silla de su escritorio y fumando un cigarro tras otro trazaba en su cerebro las líneas maestras de su maquiavélico plan para cumplir la voluntad del azar y poder sobrevivir en la lucha por ser el mejor.

Al amanecer, se subió al primer tren de camino al Mediterráneo, esta vez se sentía seguro, tranquilo, transmitía confianza, incluso una joven le envió una sonrisa desde el asiento de al lado que acogió con agrado, la ansiedad se había transformado en excitación, ahora más que nunca estaba decidido a seguir su camino y cumplir con el mandato.

Se acercó a la playa y enseguida supo que había llegado la hora y cual era su objetivo. La chica de los barquillos, repartía la comunión entre los devotos del sol y el agua salada, merecía ser ajusticiada, perecer entre el fulgor de llamas purificadoras.

A la mañana siguiente Diario de Levante recogía la noticia en portada. Una joven aparece calcinada en la habitación de una pensión alicantina.

Había asegurado el pase a la siguiente fase.

Unas semanas después, cuando entró en aquella sala tenebrosa ninguno de sus compañeros pudo reprimir su mirada temerosa ante un rival sin escrúpulos, él percibió perfec

tamente aquella sensación creyéndose inexpugnable, al fin y al cabo la vida es un juego pensaba mientras contenía su euforia ante sus compañeros de viaje con extraordinaria sangre fría. Lo había conseguido, formaba parte del quinteto final.

Dispuesto a todo se sentó a la mesa y cuando llegó su turno cogió los dados con una calma infinita y expiró una pequeña bocanada de aire entre sus dedos antes de lanzarlos. Su mirada impaciente buscó el resultado de la suma de puntos para ver la casilla del tablero que marcaría su sino.

ÓSCAR SANGIL

canciones alegres

“La vida es como un río en el que algunos hombres aprenden a nadar y otros se dejan llevar por la corriente, otros, simplemente se ahogan, por que no son capaces de hacer ni lo uno ni lo otro. También existe otro tipo de personas, están en los márgenes del río, son como pedazos de madera que caen al agua y flotan, algunos terminan encallados en una orilla pudriéndose bajo el sol, pero algunas veces unos cuantos, sirven de balsa a los que no saben nadar...”

El dueño del local me mira y dice: “Canciones rápidas y alegres que hagan a la gente moverse.” No quiero hacer esa mierda. Hasta ahora me he ganado la vida bastante bien sin recurrir a eso. Mientras el habla yo fumo y miro mis zapatos. Siempre he tenido algo dentro de mí que me empuja a desahogar mis penas en un escenario. Es lo único que conozco y lo único que me deja seguir respirando sin que esa extraña sensación que me ahoga se haga cada vez más fuerte y me asfixie. Ya sabéis de qué sensación hablo, todos la tenemos en algún momento u otro. El problema es que yo no consigo deshacerme de ella. No si no es de esta manera. Siempre esta ahí, así que esto es lo que hago. No toco canciones de ese tipo.

Estoy cansado y de mal humor, así que apago mi cigarro y dejo al viejo con la palabra en la boca mientras salgo al escenario.

La audiencia es la de cualquier local de segunda perdido en el culo del mundo. Paletos e idiotas y una pequeña parte que sabe a que ha venido. El cartel de la entrada es lo suficientemente explícito hasta para el resto en lo que a mi música se refiere, pienso mientras aplauden mi salida a escena. Un efecto de papel roído y gastado adorna la foto de mi cara en blanco y negro saliendo de la oscuridad. Eso es lo que vendo, no creo que nadie espere una fiesta con fuegos artificiales y confeti al verlo. Solo yo, mi guitarra, y esa jodida sensación dando vueltas en el aire.

Mi abuelo me enseñó a tocar esta guitarra cuando tenía ocho años. Era bueno, bastante bueno, pero no le interesaba tocar para nadie, ese era su problema. Se sentaba en una silla en una vieja habitación y tocaba durante horas para si mismo. Cuando era joven tenía un grupo, alguien me lo dijo un día, hacían viejos blues. Eran buenos, podían haber llegado lejos. Pero el lo dejó, no se por qué lo hizo, nunca lo supe, algo relacionado con mi abuela, creo. Desde entonces nunca volvió a tocar para nadie, ni siquiera para ella. A mi me gustaba escucharle. me gustaba escucharle. Entraba en su habitación y me sentaba a sus pies con la boca abierta. Él no tocaba para mí. No, simplemente tocaba para si mismo como he dicho, y algunas veces simplemente yo estaba allí y lo escuchaba eso era todo. Un día le dije:

-Abuelo enséñame a tocar.

-¿Por qué quieres aprender? -Dijo. Yo no supe que contestar. Me quedé en silencio mirando el suelo bajo mis zapatos sin

atreverme a respirar. Escuché el crujido de sus viejos huesos mientras se levantaba, en aquel momento pensé que iba a pegarme por haberle interrumpido. Sin embargo lo que hizo fue darme su guitarra “¿Por qué quieres aprender?” Aquel día me enseñó mi primer acorde. No recuerdo cual fue.

—Algún día tendrás que saber por qué quieres hacer esto, si no te consumiré. —Dijo más tarde. Yo no le entendí. Continuó enseñándome a tocar durante años y yo nunca supe explicarle por qué quería aprender a tocar. El no volvió a preguntármelo. Quizás fuera instinto de supervivencia. ¿Consumirme? No. Me aferraba a aquella guitarra como si me fuera la vida en ello. Algunas personas escriben poesía, otras dibujan, otras hacen cine, otras escriben, yo estaba aprendiendo a nadar en el río a mi estilo. Ahora lo sé. Pasaba los días encerrado en mi cuarto, practicando acordes y escalas, aprendiendo canciones que escuchaba por la radio, imitando a los cantantes de mis discos, ya sabéis, la historia de siempre. Un día mi abuelo murió, lo encontré sentado en su silla. Parecía cansado, agotado, toda la vida que había en él se había esfumado, allí no quedaba nada. No lloré. No sé por qué, pero no lloré ni una lágrima. Quizás por que ya me había dado todo lo que tenía enseñándome a tocar aquella guitarra, y ahora era mío, estaba en mis manos, en mi cabeza, en la punta de mis dedos. “¿Por qué quieres hacer esto?” No lo sé abuelo, me hace sentir vivo. “Algún día te consumiré”

Comienzo a tocar un par de temas, la gente reacciona bien, mueven sus cabezas lentamente, hay silencio cuando toco, y un agradable murmullo de aplausos al terminar las canciones. Canciones rápidas...quien las necesita. En mi boca hay una sonrisa de cinismo mientras miro de reojo al gordo del dueño que está a un lado del escenario. Me mira con los bra-

zos cruzados sobre su pecho, estoy desafiando su autoridad en su local, su pequeño pedazo de mierda en la vida,... y no le gusta. Bien por mí.

Después de la muerte de mi abuelo me quedé solo, así que me gané la vida como pude. Tocaba en el metro de Londres su vieja guitarra para poder comer cada noche un bocadillo. Me cansé pronto de aquello, de vivir como una rata sin esperanza, así que un día decidí que quería intentarlo en serio. Crucé el océano. Me fui a New Orleans. Comencé a tocar en los locales del circuito de Blues y Jazz por una miseria. Durante un tiempo pasé hambre. No me avergüenza reconocerlo. Tocaba con bandas locales como guitarrista, tocaba con cualquiera que quisiera tocar o tuviera un nombre. ¿Quién necesitaba ser comercial? ¿Quién necesitaba comer? Yo no. Estaba forjando mis tablas con la experiencia. Vivía como un Bluesman de los años 30, seguía viviendo como una rata, pero ya no me sentía como una. Era feliz. Un día comencé a escribir mis propias canciones. Poco a poco, palabra a palabra fueron apareciendo de algún agujero del sótano. Las primeras eran espantosas, monólogos, tópicos y plagios, odio al mundo el mundo me odia, las chicas no me quieren y yo quiero a las chicas... ya sabéis, el tipo de mierda depresiva que cualquier adolescente no analfabeto podría escribir.

Con el tiempo fueron haciéndose mejores. Con el tiempo encontré mi voz, como dije.

Empecé a escribir de verdad, no basura, no mierda del montón, cosas buenas que sorprendían a la gente. No tardó mucho en llegar. Alguien me ofreció un contrato discográfico. "No esperes demasiado, tu música no es para el gran mercado, pero te aseguramos que tendrás un buen dinero extra, el

suficiente para un músico de tu estilo. Firma aquí”. Y firmé. Tenían razón, gané dinero, todavía lo gano. Y también tenían razón en lo de que mi música no funcionaba en el gran mercado, no llegaba a demasiada gente. Lo tenían todo calculado, costes beneficios, sondeos de mercado. Un caballo de segunda que puede ganar algunas carreras, eso es todo, él gana nosotros ganamos, él pierde, y nos olvidamos de él. Y se olvidaron de mí cuando empecé a perder. No me importó, podía seguir tocando y ganando dinero en directo, podía volver a tocar y vivir como antes, eso era lo más importante, hacía que la sensación extraña se esfumara. Pero ocurrió lo contrario, cada vez fue a más. Aquella sensación de vacío. Podía escribir las letras más tristes más oscuras más desesperadas que se me ocurrían, pero no bastaba. Me estaba muriendo, como mi abuelo sentado en su silla tocando para sí mismo. Me estaba pudriendo de alguna manera extraña. Ya nada salía de mí, todo se quedaba dentro.

Me fijo en las primeras filas hay un chico que me mira mientras canturrea cada una de mis canciones, parece conocerlas todas. Eso me halaga por un instante. Va vestido como yo, peinado como yo, una de mis canciones dice: “mi corazón es como un máquina de hojalata bajo una tormenta”, cuando llego a esa parte le miro a los ojos, él me sostiene la mirada. Yo no me siento mejor.

“¿Por qué quieres hacer esto?” No lo sé. “Terminará consumiéndote”

Al terminar el concierto salgo por detrás del escenario, ignoro al dueño del local y me cambio de ropa. Guardo mi guitarra, quiero salir de aquí, quiero ir a mi hotel, quiero emborracharme y dormir.

Cuando mi abuelo murió, entre sus papeles encontré una carta para mí, en el sobre solo ponía mi nombre. Fue lo único que me dejó, eso, su guitarra y la carta, era una carta muy corta y todavía la guardo. No sé por qué. Pero es así.

Al salir a la calle veo al chico del concierto, está apoyado sobre el capo de un coche, fuma un cigarro y discute con una chica. La chica, niega con la cabeza todo el rato, al final se marcha, él se echa a llorar sin poder evitarlo, su máscara se rompe. Tiene una botella de cerveza en la mano. De un golpe seco la destroza contra el asfalto.

Me dirijo hacia él con la funda de mi guitarra, no sé por qué lo hago. Siento compasión por él, supongo. Le digo:

“¿Chico estás bien?” Espero que se sorprenda al verme. Él no dice nada, sigue con la cabeza agachada mirando los cristales de la botella bajo sus pies. “¿Chico estás bien?”, repito.

“Jódete” su respuesta es como un puñetazo. El chico se lleva las manos a la cara. “Tranquilo solo quería saber si estabas bien”, digo, todavía sorprendido.

“No, no estoy bien... estoy muy lejos de estar bien. Esa que se va calle abajo es mi chica, está embarazada ¿sabes? y el niño es mío, lo sé seguro. Dice que no quiere que su padre sea un mierda y se ha marchado. Y en lo más profundo sé que es lo mejor para los dos, para el niño y ella ¿entiendes? sé que tiene razón...” Me dice sin dejar de mirar los cristales rotos. Por segunda vez, me sorprende. No sé qué decirle, me doy cuenta que no sé una mierda, estoy vacío por dentro. Como un tronco que se pudre en una esquina. El chico se está ahogando y no sé qué decirle. Me voy y lo dejo llorando entre cristales rotos.

Estoy en mi hotel sentado sobre la cama, desnudo de cintura

para arriba con una botella de a medio terminar. Abro la funda de mi guitarra y la saco. Debajo esta la carta de mi abuelo, con cuidado la saco del sobre.

“La vida es como un río en el que algunos hombres aprenden a nadar y otros se dejan llevar por la corriente...”

La leo una y otra vez. “Existe otro tipo de personas, están en los márgenes del río...” Leo el final. “...algunas veces unos cuantos sirven de balsa a los que no saben nadar... ¿De qué tipo serás tú?” No lo sé abuelo, digo entre lágrimas que hacen que me sorprenda por tercera vez en esta noche. No sé qué puedo hacer. Me siento tan vacío. Me estoy pudriendo bajo el sol.

Miro mi guitarra. Hay mucha gente en los márgenes del río como yo, unos sirven de apoyo a los que no saben nadar, otros, se pudren.

Me seco las lágrimas, cojo la guitarra de mi abuelo, pienso en el chico, e intento hacer una canción alegre que le haga sonreír.

VANESSA JIMÉNEZ GARCÍA

el pretexto del árbol

Esta plaza es la excusa de su tarde,
con voces, niños y sus trinos largos.
Todo, inmenso pero frágil,
es un pretexto.

Lo que acontece:
un breve mirlo entre tu pie y el árbol,
verano, con su limpio campo,
hálito y ardor geométrico el del mantel,
y los blandos susurros de mi casa:
cojines y tacones y trompetas...
Y el hueco claro de mi plaza, el árbol...

Hoy llega todo a mí, antes de que no esté,
y el sol deje su guiño en el estanque.

la tierra

Ante la casa silban las parejas,
tan bella, horizontal y dulce,
la calle canta.
Es estéril y larga.
Casi es de noche,
quietas las ramas...
Siento infinito este rodar liviano,
con calma,
esta linda miseria de vivir
es tan humana...
Y toda la tierra, aire,
bajo las sombras claras.

ANDREA PARÍS GÓMEZ

¿verdad o ficción?

Me encontraba sola, inmóvil, aterrada en la inmensa oscuridad de un enorme corredor. Notaba cómo mi corazón luchaba por salir de mi pecho, cómo me golpeaba desesperadamente. Mi respiración era irregular, agitada y propia de alguien débil, alguien que tenía algo que temer.

Me giré para ver qué había tras de mí, pero solo vi oscuridad, miré hacia el frente por la misma razón, y solo pude contemplar la misma imagen, dos paredes blancas que iban a morir en un punto lejano en la oscuridad.

Retrocedí lentamente y toqué una pared del estrecho pasillo. Cubrí mis espaldas con ella para poder ver todo lo que viniera a mí desde cualquier ángulo. Mi respiración fatigada, mi corazón convertido en un metrónomo marcando aquel pulso rápido en el que el simple hecho de pensar tocar unas semicorcheas resultaba vertiginoso.

Mis finos dedos temblaban, mi piel se erizaba, mi estómago se contraía y mis ojos se entornaban. Estaba mareada, estaba asustada.

No sé cómo, cuando fui a retroceder no topé con la pared. Me exalté. La busqué con la mano, no la encontré. Quise volverme, pero antes de poder, unos brazos fuertes me apre-

saron. Absorbí con fuerza el aire más cercano a mi nariz y tensé inconscientemente todos los músculos de mi cuerpo. Me habían rodeado la cintura. Me habían agarrado las muñecas con fuerza, tanta que comenzaba a notar aquellas hormiguitas correteando por mis dedos.

Sentí una risa irónica y desganada en mi oreja, no era siquiera parecido a una carcajada, era una imitación ahogada del típico “ja-ja-ja”.

-Muñecas como tú no deberían rondar por aquí solas... porque hay chicos como yo que...

Intenté de todas las formas posibles separarme de él: pataleé, me agité, tiré con todas mis fuerzas. Empero, sus brazos de hierro no me permitían moverme, no cedían ni un solo milímetro. Estaba atada, apresada en sus manos.

... que les gusta jugar.

Con la voz ahogada en las lágrimas que caían por mis mejillas no pude decir nada. Mis fuerzas se desvanecieron cuando sentí sus labios cálidos encontrarse con los míos. Igual que a Sansón cuando le cortaron el cabello, me sentí débil, indefensa, me sentí tonta.

-¿Jugamos? -me preguntó al separar sus labios de mi boca y dirigirlos hacia mi cuello para que pudiera escuchar aquella propuesta que formuló con tanta timidez.

Acto seguido me tiró de la mano y me empujó al centro de la carretera.

Me costaba darme cuenta de lo que pasaba, tal vez porque fuera un sueño, o tal vez porque estaba bajo los efectos de las grandes cantidades de alcohol que había ingerido con anterioridad. En ese momento desconocía la razón, pero me costó caro.

Las luces al fondo del corredor, el sonido de derrapes... dos faros se dirigían hacia mí a toda velocidad. Me quedé

mirándolos, extasiada bajo los encantos de las luces blancas. Cuando pude darme cuenta de que se trataba de un vehículo, quise correr, quise escapar... le escuché gritar blasfemias y maldiciones.

Sentí el impacto.

-Buenos días, dormilona.

Sonreí al darme cuenta de que todo lo que había pasado, no había sido más que una pesadilla.

Abrí los ojos, pero no vi nada más allá de la oscuridad. Cada mañana me sucedía lo mismo, olvidaba que había perdido la vista en aquel accidente. Deseaba volver a ver, deseaba poder ver de nuevo su cara: sus ojos tiernos de canela y sus labios carmín. Su alborotado pelo liso, corto y negro.

-¿Qué tal la noche?

-Bien, pero mejor el despertar. -guiñé un ojo. Escuché su risa.

-Vamos a desayunar.

El día transcurría como cualquier otro. Con frecuencia topaba con objetos, intentaba caminar poco, pero no podía. Era muy nerviosa y tenía la necesidad de salir, de dar una vuelta.

-Voy a tomar el aire. Luego vuelvo.

-Voy contigo, no puedo dejarte sola por si te pasa algo, o te pierdes...

-Sí, ven.

Salí por la puerta acompañada de él.

Olía el aire caliente. Sentía la brisa, escuchaba los coches, los pájaros y los gritos de los niños en el parque. Escuché un sonido hermoso y bello que procedía de la acera. Me acerqué hacia él. Era inconfundiblemente una flauta travesera.

Me encantaba la música clásica.

Esperé a que el intérprete finalizara su obra, esperé a escuchar aquella Cadencia Perfecta que me otorgara la tranquilidad después de los agobiantes, aunque bellos, pasajes de semicorcheas y fusas.

Una vez hubo terminado aplaudí y sonreí.

-Es usted un verdadero virtuoso.

-Virtuosa -me corrigió una voz femenina-, muchas gracias -sentí el deje de su sonrisa.

-Vamos Gale, échale dinero, se lo ha merecido.

Escuché el sonido metálico de las monedas sobre más monedas al caer.

Nos retiramos y fuimos a pasear al parque.

-Si recupero la vista voy a tocar la flauta.

No obtuve contestación. Sabía que no la iba a recuperar.

-Vamos Gale, tú podrías tocar el piano también. -reí, pero sola.

-¿Gale? Holaaaaa -continué sin recibir una contestación.

Empecé a preocuparme.

-¿Gale? ¡Gale! Dios mío, ¿dónde te has metido?

Me puse nerviosa, comencé a andar dando tumbos, sin rumbo alguno, chocándome con todo lo que se interponía en mi camino.

-¡Gale! -le llamaba.

Alguien me cogió la mano.

-Dios Gale, ¿dónde te habías metido? Me has dado un susto de muerte.

No me respondieron.

-Estás poco hablador hoy, ¿eh?

Tampoco me respondieron.

-Gale, ¿eres tú?

La mano tiró de mí y me guió.

-¿Dónde me llevas, Gale?

No me contestaron.

Sentí que el clima se enfriaba, olfateaba el frescor de los árboles y la humedad de los arroyos que sonaban correr sin cesar.

Escuché el dulce sonido de la flauta de nuevo. No tocaba sola. Flauta y arpa se batían en un duelo por el protagonismo, flauta y arpa unían sus timbres para crear algo bello que causaba el gozo de mis oídos. Reconocía con facilidad ese concierto de Mozart, el K.299. Mi favorito.

-¿Dónde estoy, Gale? Esto no es el parque.

-Es cierto, no es el parque. -no era la voz de mi amado.

-¿Quién eres? -dije sobresaltada e intentando liberarme de la fuerte garra.

-Tranquila. Soy Lord Haimud, rey de Rusgüiz.

-¿Qué?

-Siente la música, ella es la magia. Siente este lugar, no puedes verlo pero sí sentirlo. No es tu realidad, es la mía.

-Rusgüiz... -todavía no sé cómo pronuncié aquel nombre a la primera y bien.

Sentí... sentí... escuché pájaros... no, ¡eran piccolos! no, no, eran alegres jilgueros entonando complejos trinos... ¡que no!, juraría que eran flautines...

Escuchaba el viento... no, ¡eran violines! No, no, eran los agudos soplos del aire que movían las hojas del espeso follaje... ¡que no!, juraría que eran violines y violas...

Escuché el agua. ¿Acaso era un arpa?

Escuché aullidos lejanos ¿o eran clarinetes haciendo un glissando?

Escuché relámpagos ¿o trompas?

Estaba confundida, ¿acaso estaba en un lugar mágico, o en un auditorio? Con el tiempo comprendí que ambos términos eran sinónimos.

Me tumbé en la hierba fresca y me quedé dormida mientras escuchaba el concierto de Mozart. Tuve la sensación de que había comenzado a soñar de nuevo.

-Sentimos decirles que no va a despertar. En el accidente no solo se vio afectado el nervio óptico, sino todo el sistema locomotor.

Llantos.

-Hágalo doctor -la voz de mi madre-. No es lógico mantener esto más tiempo. Apague la máquina.

El negro se apoderó por completo de mi cuerpo. La música cesó, me entristeció saber que la flauta no volvería a sonar jamás en mi interior.

JESÚS RUBIO

la grande y verdadera historia de Francisco González de Guadalcanal y el descubrimiento del mar del Sur

I

Los cronistas son de fantasía poderosa y lengua larga, con lo que caso hay que hacerles el justo, ya que las más de las veces no dicen lo que deben. Yo no digo que no tengan razón en lo que cuentan, pero son muchas las ocasiones en que hinchán algunos hechos y soslayan otros, que se diría que parece que tienen el relato hecho aún antes de empezar, y no quieren que nada les estorbe en ello. Que si quieren elogiar a tal capitán, lo hacen, y tanto les da que otros les refuten, aunque quienes lo hagan hayan sido testigos de cuanto dicen, que ellos los elogiarán sin medida. Y lo mismo con las expediciones. Si dicen que fuera una gran hazaña, aunque no hubiera fatigas ni peligros, lo harán al punto, y la verdad la dejamos para otro día.

Yo sé qué pasó en el descubrimiento del Mar del Sur. Yo estuve con Balboa. Y he de decir mi verdad. Que fue un gran descubrimiento, está claro, pues todos los cronistas así lo han hecho notar. Fatigas hubo. Miserias, no pocas. Y crueldades, demasiadas. Yo sé que muchos de los que han hablado de esta jornada mienten, quiero pensar que más por el placer de fabular que por otras razones ocultas. Eso en cuanto a los cronistas. Y en cuanto a muchos otros, que ni siquiera

fueron de los elegidos por el capitán para la toma de posesión, ni para navegar en el nuevo mar, adornan los méritos para conseguir que la Corona les conceda lo que no les dio su oficio. O su audacia. O las dos cosas a la vez.

Pues sí, porque yo estuve allí puedo decirlo. Yo estuve con el general Vasco Núñez de Balboa en aquella expedición. Yo fui uno de los cristianos que vieron por vez primera ese océano que ahora lo llaman Pacífico, sin que nadie pueda explicarme muy bien por qué, pues le he visto agitarse con toda la furia que uno imaginarse pueda. Yo recorrí Tierra Firme hasta que, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, dimos con el nuevo mar. Porque yo descubrí la Mar del Sur. Porque yo soy Francisco González de Guadalcanal. Y ésta que ahora viene es mi historia.

II

Yo no seré de los que niegue que Balboa fuera una persona codiciosa. Es algo que va con nuestra condición, y es algo que es como el orgullo, que cada uno coge del saco el que quiere. Unos lo son más y otros lo son menos, pero todos lo son. Acuérdense de aquel Veedor de Darién, Juan de Caicedo creo que se llamaba, que volvió a Sevilla “y murió hinchado, y tan amarillo como aquel oro que anduvo a buscar”. Así son las cosas. Caicedo, dicen, encontró la muerte como castigo por haber conspirado contra el pobre Nicuesa. Pero, lo que le digo, que Balboa era codicioso, pero valiente, y he decirle que jamás desamparaba a ninguno de sus hombres. Es más, si alguno desfallecía, él mismo le cazaba y le procuraba comida, y le consolaba. En eso, no ha habido en todo el Nuevo Mundo un capitán como él. Y eso no sólo lo digo yo, lo cuenta más gente.

De sus querellas con Nicuesa, con Pizarro, con Zamudio, con

Pedrarias y otros más, yo no sé. Ni tampoco sé la verdad sobre las acusaciones que le llevaron al patíbulo. Eran años bravos, y de gente recia. Y los unos y los otros no andaban con cortesías, a qué decir lo contrario. Todos hablan. Todos aportan razones. Todos tienen amigos y todos tienen enemigos. Yo hablo por mí. No le vi trato malo a su gente. Con los indios era otra cosa. No se andaba con contemplaciones, aunque a algunos los trataba en paz. Pero es verdad que fueron muchos a los que dio castigo, y que se excedió en no pocas ocasiones. Bueno, en eso muchos no le anduvieron a la zaga. Y aquí incluso debo confesar por mí mismo. He de decirlo. Pero sigamos: en cuanto al capitán, insisto en que llegaba a ser implacable con los que le ofendían. Y no cejaba en seguir su propósito. Era hombre de fuerte determinación. Yo no sé si eso es pecado o virtud. Puede que lo sea en algunas ocasiones y no lo sea en otras.

III

Yo llegué a Tierra Firme con el infeliz Diego de Nicuesa, que había sido nombrado gobernador de Veragua, por su majestad el católico rey Fernando. Era el año de mil quinientos y ocho. Entonces no eran tantos los que se aventuraban a venir a estas provincias. Sufrimos no pocas penalidades. Por la humedad y la fiebre, y porque no encontrábamos mucho que comer, hubo gran mortandad. A los dos años de mi llegada, se fundó la ciudad de Santa María la Antigua del Darién. Ya sabe usted que fue levantada por orden de Balboa. En ella se juntó la poca gente que quedaba viva de la aventura de Alonso de Ojeda, que sabe que se fue a explorar la parte occidental desde Urabá y que Balboa se quedó explorando la otra parte. Y así anduvimos por aquí nada menos que tres años. Primero recorriendo la costa de una parte a otra, buscando oro. Por lo

III

que yo ya sabía cuando llegué aquí y lo que luego he ido aprendiendo, porque a la minería es uno de mis oficios, es que éstas son provincias ricas en oro. Y eso selló el destino de muchos. Ya le digo que anduvimos unos cuantos años, dándonos no pocas veces a la rapiña de lo poco o mucho que tenían los indios por aquí, y recelando los unos de los otros. Nicuesa fundó Nombre de Dios, el mismo año en que se fundó Santa María la Antigua del Darién. Yo me asenté en la primera de ellas, como los otros que vinieron conmigo. Y no pocos vi morir de hambre y de enfermedad.

A los tres años de llegar aquí fue cuando desapareció Diego Nicuesa, en aquel barco del que Balboa no le dejó desembarcar cuando fue a tomar la posesión de Santa María la Antigua del Darién como el gobernador que era por orden real. No le vimos más. Ni a él ni a sus hombres. Ruego a Dios que haya tenido piedad de todos ellos. Al poco de ocurrido esto que le digo, yo me instalé en esta otra ciudad. Balboa pasó a ser el gobernador de Veragua.

Luego su Católica Majestad, el rey Fernando, autorizó a muchos a viajar a las Indias, con pasaje franco, con el matalotaje regalado para el viaje y un mes de comida también regalada una vez que se llegara a Tierra Firme. Era su propósito juntar toda la gente posible para poblar lo que ya se llamaba Castilla del Oro, que eran las tierras que iban desde Santa María la Antigua del Darién, hacia el Oeste. Y por eso ofreció todo eso que le he dicho. La gente toda que se juntó, que fue mucha, iba a las órdenes de Pedrarias Dávila, que marchaba con título de gobernador. Y debía juzgar la actuación de Balboa, -que ya le digo que era muy discutida por muchos. De los que vinieron, los hubo que lo vendieron todo para marchar, y otros que lo empeñaron por algunos años.

La orden, ya le digo, era poblar. Y en eso tenía preferencia la gente que había partido años antes con Alonso de Ojeda, y que alguna quedaba todavía. Y después iba la que habíamos llegado con Diego Nicuesa. Después iban todos los demás. Como se retrasó el inicio del viaje, que se había previsto para el año de mil quinientos y trece, Balboa siguió en Tierra Firme con sus andanzas y conquistas. Descubrió el río que llamó San Juan, por ser visto en ese día. Es muy caudaloso y de corriente violenta. Se suele desbordar mucho. En sus orillas hay muchos pueblos de indios, que viven en casas que están construidas sobre pilares de maderas en el propio lecho. Así se cuidan de las fieras y de sus enemigos. Intercambiaba baratijas con los indios, que le ofrecían muchas cosas. Le daban hasta esclavos, que allí unos lo unos los toman como tal a los otros después de hacerse la guerra. Incluso, para reconocerlos, los marcan con hueso y tiznan la cicatriz de manera que no se quita nunca, o les arrancan algún diente. Todo eso lo vio Balboa. Y yo lo he visto después. Balboa vio mucho oro allí. Y también le hablaron de más oro tierra adentro. Y, dicen, que allí fue cuando le hablaron por vez primera del Mar del Sur. Balboa era amigo de varios caciques. Uno se llamaba Chima, era el jefe de Careta, aunque ya había sido bautizado y su nombre cristiano era Fernando, y que incluso le había concedido la mano de una de sus hijas, que se llamaba Anayansi. Había otro cacique más, jefe de la aldea que llaman Comogre. Éste se llamaba Ponquiaco, aunque fue bautizado con el nombre de Carlos. Los dos, Chima y Ponquiaco, o Fernando y Carlos, tenían mucha gente de guerra. Y eran diestros en ella, que todo hay que contarlos para que no nos salgamos ni un punto de la verdad. Uno de ellos fue quien habló de ese gran mar que se encontraba al austro a Balboa.

Dicen que fue Ponquiaco quien, mediando en una riña entre españoles por un reparto les dijo que si tanta ansia tenían por el oro él les mostraría una provincia donde había mucho.

IV

Como le decía, la llegada de Pedrarias se retrasaba. Yo en ese momento me enteré de la partida que se estaba formando con Vasco Núñez como capitán. Decían que era para un importante descubrimiento. Y allí que me fui. Entonces yo estaba bien considerado como minero y como soldado, oficio que aquí se aprendía a la fuerza, sino estabas muerto al punto. Era joven, ya digo, y no me flaqueaban las fuerzas ni el ánimo. Cogí mis pertrechos y mi espada. Nos juntamos ciento y noventa personas, una de las armadas más grandes que por aquellos lugares se habían visto hasta la fecha. Y para llevarnos se había aparejado un galeón y nueve canoas.

Partimos de Santa María la Antigua del Darién el día primero de septiembre de mil quinientos y trece años. Navegando hacia el Noroeste tardamos cuatro días en llegar a Careta los que íbamos en las canoas. Esta aldea de Careta estaba muy próxima a la ciudad que luego se fundó allí y que se llamó Acla. Aquí hizo Vasco Núñez de Balboa una primera selección de gente, pues algunos debían de quedarse allí guardando los galeones y las canoas.

Al día siguiente, que se contaba seis de septiembre, empezamos a andar tierra adentro los elegidos por el general. Entre ellos estaba yo, que no sé si era de los mejores de cuantos íbamos pero sí puedo decir que ánimo pocos había que me ganaran. El camino no era nada fácil, pues era zona de sierras y montes y el terreno a veces muy áspero y otras estaba cubierto de selva espesa por la que no era fácil avanzar. Nos acompañaron un centenar de indios de Careta.

Dos días después se llegó a unas tierras que llaman de Ponca, que no mostró ninguna hostilidad hacia nosotros. Y es que este cacique era rival del de Careta, pero ya se había enfrentado a Balboa y había sido desbaratado. Ahora era amigo, aunque seguía siendo señor de un formidable ejército. Recuerdo que se le hicieron muchos regalos, como camisas y hachas, lo que gustó mucho al cacique, que dijo cosas al oído de Balboa, entre ellas, que a pocas jornadas de allí existía un “pechry”, que es la palabra que ellos usan para decir mar. También regaló unas cuantas piezas de oro a Balboa. Era el día trece de septiembre cuando ocurrió todo esto que ahora le cuento, aunque puede ser que yerre en un día adelante o atrás.

Estuvimos allí una semana, preparando todo lo necesario para continuar nuestro viaje.

V

Creo que ha llegado el momento de que yo le hable ahora de Leoncico, que era el perro del general. Este Leoncico era un perro de color aleonado, que no reconocía más órdenes que las de su amo. Era hijo de otro perro muy famoso, que se llamaba Becerrico, que era propiedad de Juan Ponce de León. Pero yo a ese no le conocí. Si a Leoncico, que nos dejaba pasmados cada vez que cumplía las órdenes para las que le había adiestrado Balboa. Si un indio se perdía o se escapaba se iba a por él. Si no se resistía, lo tomaba por la muñeca con su boca y, sin apretar, lo traía de nuevo con nosotros. Pero si el infeliz se resistía, lo despedazaba sin ningún miramiento. Los indios le tenían mucho miedo, y nosotros íbamos muy seguros cuando venía con nosotros. Decíamos que diez soldados acompañados de Leoncico se sentían más seguros que si iban treinta soldados sin él. Tal era su fiereza, que yo la

la presencié. Y era enorme el espanto que producía entre los pobres infelices a los que atacaba, que a veces los gritos se te quedaban clavados en el corazón. Ya le digo que hubo atrocidades. No puedo ocultárselas. Después, han sido muchos los perros que se han traído a las Indias, y no poco el terror que han provocado en estas tierras, pero pocos como este Leoncico, que era lo más estimado por Balboa. Era un cachorro cuando el capitán, acuciado por las deudas, huyó de La Española. Se escondieron los dos dentro de un tonel en uno de los navíos del Licenciado Fernández de Enciso, que a punto estuvo de ejecutarle. Sólo le salvó la vida su gran conocimiento de todas aquellas islas y costas. Leoncico, que no quiero apartarme del relato, también participaba en el reparto del botín, que llegó a juntar este animal más de mil pesos. Decía el capitán que entraba en el reparto porque su labor equivalía a la de muchos soldados, y que esa parte del botín se la había ganado con mucho más mérito que otros. En aquella jornada llevábamos más perros, pero ninguno tan fiero como Leoncico, que luego murió envenenado.

VI

Dejamos en el poblado de Ponca a una docena de los nuestros y salimos en demanda de ese pechry con la gente de Careta y también algunos de los indios de Ponca, que andaban entre sí algo asustados, porque entrábamos en tierras de un cacique que se llamaba Torecha, que era enemigo de ellos. Entre las cautelas con las que andábamos y lo difícil del terreno, tardamos una semana en recorrer un puñado de leguas. Era terreno pantanoso, con muchos ríos que tuvimos que cruzar en lanchas. Hay allí mosquitos muy grandes, que transmiten fiebre, y hay que tener mucho cuidado con ellos. Y andar por allí causa mucha fatiga. Además era la estación de las llu-

vias, que en estas provincias, como sabe, son muy copiosas y continuas.

Y luego estaba la gente de Torecha, que se mostró hostil desde un principio, y nos hizo varias emboscadas. Ya le digo que los naturales de Tierra Firme son gente brava y valiente, y no poco diestra en el arte de la guerra. Y costaba mucho doblegarles. De no ser por nuestros arcabuces, nuestro acero y la determinación de Balboa, malas nos hubieran venido dadas en más de una ocasión. También se significaron muchos de nuestros oficiales, como Francisco Pizarro. Era entonces un joven capitán, que no sabía a qué grandes batallas le iba a llevar la vida. Y como él, otros muchos debo recordar: Juan Camacho, Rubio de Malpartida o Francisco de Valdenebro. Y luego estaba Leoncico, que causó no pocos estragos en las guasábaras con la gente de Torecha. Su ferocidad en esta batalla fue proverbial. Todavía me estremezco cuando lo recuerdo. Y creo que con la gente de Torecha nos sobró crueldad. Hubo una primera batalla. Luego, la gente de Torecha se retiró y nosotros les seguimos. El poblado de Torecha lo llamaban Carecuá y llegamos a él, no con poca fatiga a mediodía del veinticuatro de septiembre. Balboa dispuso que descansáramos hasta la noche, en que caeríamos sobre ellos. En cuanto se fue la luz, así lo hicimos. Y nos abatimos sobre ellos con tal furia que yo creo que muchos de ellos fueron muertos aún antes de saber quiénes eran los que les atacaban. Ni siquiera Torecha pudo escapar, y cuando su gente vio que su cacique moría, muchos de ellos huyeron y otros muchos de ellos se rindieron. Aún así seguimos matando, que no pocos se cubrieron en ese momento de infamia. Murió mucha de la gente de Torecha, por nuestro acero o aperreada, que ya le digo que los gritos eran espantosos. Yo creo que nos faltó compasión allí. Nosotros sufrimos

ninguna pérdida aunque algunos de los nuestros estaban heridos. Yo mismo, aunque mi herida fue provocada por una caída al tratar de esquivar el ataque de uno de los indios. Tomamos algo de oro que se encontraron en algunos de los bohíos del poblado y algunos de los que se rindieron certificaron lo ya dicho antes por Ponquiaco y luego por Ponca, que al otro lado de las montañas que estaban a la espalda de Cuarecá había un mar. Pero dado el estado en que se encontraban muchos de los nuestros determinó Balboa que se pasara allí la noche. Esto certifica lo que ya dije antes: que era un hombre que se cuidaba del buen estado de sus soldados, que ya no le sobraban, por otra parte.

VII

El día siguiente era el veinticinco (1) de septiembre mil y quinientos trece años. Y no alcanzaré nunca, por más veces que lo diga, a dar las gracias a Dios Nuestro Señor por haber llegado vivo a ese día, y haberlo hecho en el lugar en el que me encontraba cuando abrí los ojos con las primeras luces del alba. Porque aquel bendito veinticinco de septiembre fue cuando vimos el Mar del Sur.

Pero no me adelanto y voy a contarle todo cómo sucedió. O al menos cómo yo lo vi y recuerdo.

La poca gente de Torecha que quedaba nos certificó que a la espalda de los montes que estaban allí a la mano estaba el mar. Ese mar que con tanta ansia llevábamos buscando. Como hiciera siempre que había tenido ocasión, dejó parte de nuestra gente en el poblado para cubrirnos la retaguardia. Contando a Balboa, marchamos sesenta y siete hombres. Él iba siempre en cabeza. Unos dicen que por dar ejemplo. Otros, los más, y así lo creo yo también, porque no quería que nadie se le adelantase. Empezamos a andar con buen ánimo y paso

rápido. Muy pronto llegamos a unos bohíos cuyo cacique se llamaba Porque, pero no nos paramos ni tan siquiera. Se guimos nuestro camino.

Empezamos a subir el monte, que, o ni era tan grande como nos parecía, o sucedió que más que andar, volábamos. Y a eso del mediodía, aunque algunos dicen que fue antes, el general hizo una seña. Y todos nos paramos. Él siguió subiendo. Y nosotros nos quedamos parados viendo lo que hacía. Aceleró el paso. Y al poco de llegar a la cima ya no andaba, corría. De pronto, se detuvo, se hincó de rodillas y empezó dar gritos mirando al cielo y elevando los brazos, que no se entendía muy bien qué decía, pero que por los gestos era claro que estaba dando gracias a Dios Nuestro Señor porque era cierto que había visto el Mar del Sur.

Y luego se volvió a nosotros y nos hizo señas para que nos acercáramos. El primero que llegó a él fue el clérigo Andrés de Vera, que se arrodilló y dio Gracias al Señor. Yo también fui de los primeros cristianos que alcanzó a ver el Mar del Sur y diría que se me nubló la vista cuando vi como en el horizonte se juntaba el cielo y el mar. Enseguida, Vasco Núñez empezó a dar gracias al Señor por designarle para ese descubrimiento en nombre de los Reyes de Castilla, del rey Fernando de Aragón, de su hija Juana, y del emperador Carlos. Nos mandó a todos que nos arrodillásemos y diéramos gracias también pues era para nosotros también un gran día, y que así lo haría él constar.

Enseguida mandó el capitán cortar un árbol, para que hiciéramos un gran cruz con él y la colocásemos en ese mismo monte desde el que vimos por vez primera en la gran Mar del Sur. Y Andrés de Vera empezó a cantar el *Te Deum laudamus*. Y todos con él. Después rezamos.

Desde el monte se vio que a donde llegábamos era un golfo,

que el capitán le llamó de San Miguel, porque esa fiesta estaba próxima a celebrarse, pero antes de bajar, el escribano Andrés de Valderrábano anotó los nombres de todos cuantos estábamos allí, que éramos, como dije, sesenta y siete. Y puede consultar las crónicas y verá como aparece mi nombre. En la de ese tal Fernández de Oviedo, que tiene muy reputada fama, aparece. No tiene más que buscarla y ver que le digo la verdad.

Y una vez que el escribano consignó los nombres de todos nosotros, bajamos en dirección al Mar, y allí, muy cerca, como a una media legua del golfo de San Miguel, que ya todos le llamábamos así, vimos unos bohíos de un cacique que se llamaba Chape: Allí estuvimos cuatro días, esperando a que volvieran los que se habían quedado en el pueblo de Torecha. Balboa mandó a algunos de los nuestros a buscarles.

JOAQUÍN COPEIRO

el caso de la jardinera incendiada

A mis balseras y balseros

Desde lo más alto del elevador hidráulico, el bombero Sandokán —greñas negras y barba espesa como un boscaje tropical— remató la faena inundando de agua la terracita. Cortó el chorro de la manguera, la retiró y, con gestos elocuentes, pidió que lo bajarán, que ya estaba todo controlado. Mientras el elevador, en efecto, bajaba y el bombero Sandokán se acercaba progresivamente al nivel de calle, un público de mirones, muchos, los más, clientes ocasionales de las terrazas vecinas, prorrumpió en un aplauso cerrado. Sandokán levantó sus brazos en señal de victoria y de agradecimiento.

—¡Viva el cuerpo de bomberos! —voz de mujer.

—¡Viva tu cuerpo serrano! —voz de hombre.

—¡Viva el cuerpo nacional de policías! —voces varias.

Saltando Sandokán acrobáticamente a tierra, provocando así el susodicho que arreciaran los aplausos y los ¡vivas!, los numerosos agentes presentes, nacionales y locales, no así los bomberos, se volvieron confundidos hacia quienes aplaudían o gritaban, o aplaudían y gritaban, que es lo más lógico. ¿Qué por qué confundidos, o incluso desorientados, que para el caso..., y no nerviosos, o mosqueados? Pues porque en los

últimos tiempos no proliferaban en el país exteriorizaciones de reconocimiento hacia su presencia garante. ¿Garante? ¿De qué? Sí, garante de la defensa precisa de la ley y el orden. ¿'Defensa precisa'? Bueno, más bien 'aplicación rigurosa'. ¿Como la aplicaría un juez justo y legal? ¡No, no, que demasiadas veces la 'aplican' a palo y tentetieso, o sea, que llevan a cabo una 'cruel aplicación' de la ley y 'su orden'! ¿Con una punta incluso de sadismo? ¡Eso, con sadismo! ¡Joder, si alguna vez...! Por ejemplo, una manifestación por la nacionalización de la banca. Imagínense cien mil, doscientas mil personas, tropecientas mil almas... Y los polis, en las aceras, jalonando el recorrido previsto, como, pongamos, los soldados cubren la carrera procesional del Corpus en Toledo ciudad. Polis a un lado y otro de los manifestantes, velando por la seguridad de los mismos, dispuestos a identificar a los provocadores si los hubiera y a neutralizarlos. ¡Pues no señor, siempre antidisturbios, pertrechados hasta el culo, con cascos, viseras y escudos, formados como cohortes romanas 'frente a' los manifestantes, no sea que pretendan arrimarse demasiado a la fachada de tal o cual banco, o a la de la Bolsa de Madrid! Así que los agentes, que habían presenciado también la acción de los bomberos, y que escuchaban los aplausos y las aclamaciones del gentío, no debían de dar crédito a ver lo que veían y a escuchar cuanto escuchaban. ¡Y esa gente, estarían de coña, porque sería tan extraño...!

—¡Viva tu cuerpo serrano!

—¡Viva el cuerpo de bomberos!

—¡Viva el cuerpo nacional de policías!

Quienes compartían cerveza y primavera en las terrazas entoldadas de la avenida, los animadores de aplausos y gritos, habían percibido, media hora antes, o tres cuartos, el olor a chamusquina. Pero no alcanzaban a descubrir el foco

que lo causaba. Hasta que un fulano abandonó su sillón, salió de debajo de la lona y movió la punta de sus napias, que no cesó de olisquear, a derecha y a izquierda, atrás y adelante, a la altura de su jeta y más arriba, barriendo entonces las fachadas de los edificios.

—¡Allí está! ¡Coño, es una jardinera de plástico! ¡Y el toldo, casi echado! Como se prenda, arde el edificio.

A medida que los clientes dejaban por un momento sus sitios para constatar que, efectivamente, se trataba de una simple jardinera, el 112 comenzó a recibir llamadas, que hay fuego en una vivienda, aquí, en tal ciudad, en la avenida de cual, a la altura del número no sé cuántos, ya, ya, si lo sabemos, han llamado varias personas, ¡y lo que te rondaré..., que no se le presenta a uno todos los días la ocasión de llamar al 112 por una urgencia que no le concierna en lo personal, como un acto de civismo!

Total, que al poco rato, tres coches de la policía nacional, y números por doquier bajándose de ellos, yendo de un lado a otro, y toda la policía local disponible en aquel momento, otros cuatro o cinco vehículos, la avenida cortada, el tráfico desviado, los destellos azules o rojos de los coches patrulla, intermitentes u oscilantes como los de un faro guardacostas. Y enseguida, el camión de los bomberos, la sirena que lo anuncia con su alarmante efecto Doppler, un chillido agudo e interminable, de penetrantes agujas sonoras para los oídos más sensibles, para los cerebros menos resistentes al pandemónium urbano, y los chirridos de los neumáticos con sus escandalosas frenadas.

Y todo, por una jardinera de plástico.

—Eso pasa por fumar en la terraza.

Contundente la frase, cargada de razón sin duda. Una voz entonces se adelgazó, como para afeminarse y remedar me-

jor el reproche o la queja de una dama que estuviera hasta las narices de lo que hubiera sido en otro tiempo su hombre preferido.

—¡Anda, que cuántas veces te lo habré dicho, que te vayas a fumar a la terraza, que luego huele todo a tu tabacazo, las cortinas, los sillones, y me paso horas con el amoniaco...!

—Mira, encanto, si tú prefieres hacerte la 'hombre' fumando, pues, ¡hala!, a la terraza. Yo no aguanto tu humo, me ahogo, y no quiero morir de tu cáncer de pulmón.

En esta ocasión se trató de una voz gravemente afectada por el intento de burlarse del macho.

—¡Piltrafa, hijo, que estás hecho! ¿Y tu halitosis, qué?

—¿Y tus sobaqueras, que no hay un dios que tome un ascensor contigo?

En fin, ¿cómo saber si sería él o ella quien, viéndose obligado a fumar en la terraza, creyéndose despechado o despechada, no tuviera otra ocurrencia que dejar la colilla encendida en la jardinera, con la lumbre pegando al plástico?

—Yo creo que ha sido un puro, largo y gordo como el de Clinton, y que el culpable es el tío, porque nosotras no fumamos puro. La toba encendida habrá prendido el plástico y...

—Mira, tía, que ahora vosotras fumáis como carreteros, y seguro que ha sido ella la que ha dejado la toba..., vale..., sin puro, pero qué más da, una toba es una toba, y el plástico es plástico..., y vosotras, por llevar la contraria, sois capaces de prender, qué digo una jardinera, y hasta la casa entera.

Y en esto estaban los clientes de uno de los veladores de las terrazas, media docena de machos y hembras, ajenos por completo a las hipótesis que al mismo tiempo andaba pegñando en su chilostra el bombero Sandokán.

Sandokán era muy trabajador, pero mucho. Había saltado del camión para ser el primero en colocar las vallas de seguridad, se había encaramado antes que nadie al elevador para manejar la manguera y apagar el fuego, y, una vez en tierra de nuevo, no paraba: recoger la manguera, limpiar la acera, retirar las vallas. Pero no sólo eso. Cuando libraba, ejercía de fontanero, sin IVA, eso sí, y sin factura, ¡claro!; o sea, fontanero 'sumergido' y de andar por casa. Y así fue como, una semana antes del incendio, visitó la casa a requerimiento del marido. Y entiéndase que la palabra 'incendio' no se utiliza aquí con el significado que le atribuye el María Moliner, por ejemplo, de «fuego que destruye algo como un bosque, un edificio o mercancías almacenadas», o con el primero que le asigna la RAE, que reza «fuego grande que destruye lo que no debería quemarse»; piénsese, en cambio, en el que le da la voz del pueblo en frases como «a la señora María se le ha incendiado la cocina», para referirse a que se le ha prendido el aceite en la sartén y le ha tizado el techo. Más aún: considérese la segunda acepción otorgada por la RAE, y que dice «pasión vehemente, impetuosa, como el amor, la ira, etc.».

Pues bien, aquí, precisamente en esta segunda acepción de la RAE, se detenía el pensamiento del bombero Sandokán mientras trajinaba con su proverbial diligencia para organizar el regreso de los suyos al cuartel. El bombero, entonces fontanero, recordaba con pelos y señales cómo llegó a la casa y marido y mujer le pidieron que repasara, por favor, los baños, las griferías, las cañerías, que limpiara los sifones. Una tarde entera le ocupó la faena. Pero al fin acabó. Y con una sonrisa de oreja a oreja se presentó en el salón donde el matrimonio aguardaba frente al televisor:

—Señora, esto estaba en el bote sifónico del baño pequeño.

Y mostró, ante los ojos desorbitados de la mujer y las

chiribitas que al hombre le hacían los suyos, una esclava de oro.

El fontanero Sandokán depositó la pulserita encima de la tele.

—Son sesenta y cinco euros, sin IVA.

El marido le pagó, mientras ella recogía la esclava, y Sandokán abandonó la vivienda.

¿Qué pasaría después? El bombero Sandokán lo tenía claro:

«Este cabrón me la ha pegado con su jefa. ¿De quién, si no, va a ser la esclava? Mía, no, desde luego, que este jamás ha tenido el más mínimo detalle. Será de la zorra esa, que se acostaría en mi cama y se bañaría en mi baño, y allí perdería la esclava».

O, por el contrario, «esta puta me ha puesto unos cuernos como la copa de un pino, seguro que con ese guaperas que tiene de secretario, que se lo traería aquí, cuando Pepa y yo estuvimos en las jornadas de Logroño, aquí, a mi cama, coño, coño, y se metería con él en el baño, claro, y ahí, con el trajín, ¡la muy puta!, se le caería la esclava al guaperas, porque, desde luego, suya no es, que yo sepa, que nunca se la he visto, o sea, que es del pavo ese, seguro».

Y quizá «el muy sinvergüenza debió de aprovecharse de la semana que acudí con Paco a la feria de Cádiz. Que vente, Pepita, que no está mi señora, y nos pegamos un fiestorro en mi casa, la cama, ¿y una duchita, querido?, bueno, vale, una duchita, ¡cabrón!, ¡zorra!».

Y tal vez «pues esta hoy no fuma delante de mí, le digo que no, que yo lo he dejado y que no estoy dispuesto a tragarme su humo, que se lo trague el guaperas, y que si quiere fumar, que se salga a la puta terraza».

O acaso «¡no, señor, que ya no le consiento que me pringue

toda la casa con ese odioso olor a tabaco agrio, que ya estoy hasta el nardo de tragarme su humo sin rechistar, que se lo trague la zorróna de su jefa, y ahora, si quiere, a la puta terraza, hala, que no hace frío!».

«¡A la puta terraza, a la puta terraza!». Ahí estaba para el bombero Sandokán la madre del cordero, la verdadera causa del fuego, porque cuando un marido manda a su esposa, o al revés, a la puta terraza a fumar, puede esperarse lo peor: «¡Te vas a joder, ahora te vas a joder, y no la apago porque no me sale de ahí mismo, la apagas tú si quieres, te vienes y la apagas, que lo que es por mí, como si se quema la jardinera, yo me acabo el cigarro y me las piro!». Probablemente, la intención del pirómano, o de la pirómana, no fuera más allá de quemar la jardinera, porque, además, pensara que su cónyuge estaría en casa para darse cuenta del pequeño estropicio y remediarlo. Pero, en ocasiones, lo imprevisible no puede sino continuar siéndolo: uno, o una, sale despechado, como ya se ha apuntado antes, de casa, sin avisar a su cónyuge, pensando que este o esta se queda y que verá el humo y la candelita, y no, que este o esta también se ha largado sin decir nada; empero: la lumbre, el viento, la llamita, más viento, el plástico, la llama, el humo, el olor a goma quemada, el viento, la alarma, una llama cada vez más grande, un fuego más intenso, viento, fuego, pequeño incendio, el toldo, los toldos vecinos, los gritos de pánico, los chillidos de angustia, las maderas, las vigas, un incendio de grandes proporciones, de elevadas proporciones, las llamas comiéndose el edificio entero, lo irremediable, el desastre, hay quien se asfixia, la tragedia, lo nunca visto, hay quien se lanza al vacío, los bomberos...

El bombero Sandokán había terminado sus tareas. A punto de arrancar su camión para regresar al cuartel, mientras

su sirena enturbiaba de nuevo el atardecer apacible de la apacible primavera, observó cómo hablaban con la policía local los moradores de la vivienda, o sea, los dueños de la jardinera, los de la esclava en el baño, ¡vamos! Detrás de ellos, un veinteañero encogido de hombros y la cabeza gacha no cesaba de dar vueltas y vueltas, con la mano derecha, a la esclava de su muñeca izquierda. De vez en cuando, el hombre se volvía hacia él y le arreaba un pescozón en el cogote, «¡gilipollas, incendiario, que nos vas a llevar a la ruina!»; la mujer lo imitaba a continuación, «¡tonto del culo, macarra, que vas a acabar conmigo!»: o sea —¡otra vez, pero...!—, que el joven recibía dos cogotazos por el precio de uno y un manojito de improperios y reproches, pero él, encogidos los hombros siempre y siempre la cabeza gacha, que el peso de la culpa requería sin duda actitud y postura tales, no dejaba de jugar con la esclavita dorada de su muñeca.

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

*la foto de laura*¹

Para Beatriz, perdedora de fotos

Nada más cerrar la puerta de su apartamento, Laura recordó la foto. Estaba segura de que la había dejado dentro del libro, aunque no podía saber con exactitud si había sido en el de Manuel Vicent (*Tranvía a la Malvarrosa*, todavía percibía los aromas mediterráneos cada vez que recordaba el título de la novela) o, por el contrario, había sido en el sesudo estudio sobre la poesía cortesana del siglo XV (cerca de cuatrocientas páginas dedicadas a analizar con minucia la estética de los poetas de cancionero). Contrariada por la duda, Laura se dejó caer sobre el sofá que estaba bajo la ventana y, medio tumbada, intentó recordar con precisión el momento en el que puso la foto entre las páginas del libro, aunque no tuvo suerte. Sin pensarlo mucho se levantó del sillón, cogió su bolso y fue hacia la puerta, pero enseguida se dio cuenta de la hora que era y tuvo la certeza de que la biblioteca ya estaría cerrada. Además era sábado, por lo que no podría volver hasta el lunes. La foto se proyectó nítida en su mente: la representaba a ella, en primer plano, apoyada sobre su mesa de estudio, con una estantería poblada de libros detrás

de su figura. Llevaba el pelo suelto, cayéndole sobre los hombros, y sonreía con gracia, con una expresión que la hacía simpática. Al menos así le parecía a ella. Por un momento temió que alguien se llevara el libro y se quedara con la fotografía, y la sola idea la desazonaba de forma terrible, ya que no quería que su imagen estuviera en poder de nadie sin su consentimiento. Se le iba a hacer muy larga la espera hasta el lunes por la tarde; el trabajo la impedía acercarse a la biblioteca antes de ese momento. Resignada, Laura se volvió a sentar en el mismo sofá y recapituló sus movimientos de esa mañana, desde que aparcó el coche, tras varias vueltas, en la zona azul, por la parte baja de la calle de Cervantes: cada vez era más difícil encontrar aparcamiento en la ciudad vieja. Pasó luego por debajo del túnel de la calle de la Unión y se internó en los jardines del alcázar, junto a la piscina cubierta, tan abstraída en sus cosas que se asustó cuando sintió que alguien se acercaba a ella de manera repentina, sin que le diera tiempo a saber siquiera de dónde había salido esa persona. Era Félix, un amigo suyo de los tiempos de la facultad, a quien hacía mucho que no veía.

-¡Te pillé, Beatriz! -dijo mientras saltaba a su lado. Ella reaccionó casi puerilmente, dándole un manotazo al compás de un grito que exteriorizaba el susto. Después, tras conocer a su amigo, Laura se echó a reír, mientras Félix se carcajeaba, doblado por la mitad, sin poder hablar.

-¡Eres tonto, Félix! -dijo entonces Laura, aún riendo.

-¿Qué tal te va, Beatriz? -preguntó él cuando pudo recuperar el habla.

Laura se había llegado a acostumbrar a que Félix la llamara Beatriz, desde los tiempos de la universidad. Los dos estudiaban filología, en Madrid, y eran unos enamorados de la poesía del Renacimiento italiano. Félix había decidido que,

puesto que Laura se llamaba Laura y tenía el mismo nombre que la amada de Petrarca, tampoco le vendría mal llevar a cuentas el nombre de Beatriz, la correspondiente inspiradora de Dante, quien, por otro lado, era el preferido de Félix. Y ya no hubo otro nombre para Laura que el de Beatriz, hasta el extremo de que, cuando ella le llamaba por teléfono, se presentaba siempre con éste: le gustaba esa especie de disfraz que le permitía una doble personalidad, aunque solo fuera en presencia de Félix y no pasara más allá del cambio de Laura por Beatriz. Para ella era un juego literario, una manera más de disfrutar con la literatura, de adentrarse en los entresijos de la ficción, como si de pronto pasara a convertirse en un personaje de un libro, en la auténtica amada de Dante.

Tumbada a medias en el sofá de su salón, Laura recordaba su encuentro con Félix, que se empeñó en acompañarla a la biblioteca, y relacionó el olvido de la oto con la presencia de su amigo, que le impidió centrarse en sus acciones. Ella era muy olvidadiza y tenía la costumbre de hojear los libros siempre que los devolvía, ya que cuando los estaba manejando solía meter entre sus páginas todo tipo de papeles para señalar pasajes a los que luego se proponía volver: no era la primera vez que echaba en falta algo olvidado en el interior de un libro. La última vez fueron las anotaciones que iba tomando sobre la lectura, en un papel cuadriculado, tamaño octavilla, cortado meticulosamente para facilitar su clasificación posterior.

En la biblioteca, Félix insistió en invitarla a tomar un café, lo que motivó que el paso por la sala de préstamos fuera rápido, sin tiempo para pensar en otra cosa, con la cabeza poblándose poco a poco con las palabras que Félix acumulaba en su charla continua, como si tuviera que contarle a

Laura su vida entera. Ella le escuchaba cada vez con menos atención, pero sin borrar nunca la sonrisa amistosa que motivó un rato antes el encuentro casual con su amigo. De vez en cuando, Laura tenía la sensación de que el parloteo de Félix no iba con ella, sobre todo porque éste intercalaba sin cesar su otro nombre, Beatriz, el que él se empeñó, hacía ya mucho tiempo, en colocarle. Laura miraba entonces a otro sitio, sin interés; tan pronto ponía sus ojos en los libros que llevaba la persona que les precedía en la fila de devolución, como en el gesto indiferente del funcionario, atento a su trabajo, pasando el lector de códigos de barra por el material que le iban dejando sobre la mesa. Finalmente, tras entregar los libros, Laura salió de la sala de préstamos, detrás de Félix, que seguía contándole sus últimas andanzas, aunque en su cabeza se hacía poderoso el fastidio de no haber podido buscar el libro que traía pensado llevarse. Mientras recorrían el pasillo largo junto a la sala infantil y el salón de actos, camino de la cafetería, Laura decidió que ya volvería otro día, sola, para consultar tranquilamente los ficheros.

Ahora, contrariada por la pérdida de la foto, estaba convencida de que Félix fue la causa de su olvido, con tantas cosas que contar, con tanto pasarle el brazo por los hombros y tanto rozar su cintura para cederle el paso a cada momento. Laura odiaba su encuentro de esa mañana, los manoseos disimulados de Félix y los años de la facultad: todo lo que le trajera el recuerdo de su olvido, la imagen suya en la fotografía perdida que tal vez en ese momento estuviera siendo mirada por un extraño.

El lunes se hizo de rogar y se retrasó, en la paradoja del normal transcurrir del tiempo, como si de pronto las horas fueran días. Laura pasó la mañana sin poderse concentrar en el trabajo, sin hacerse con el dominio de la clase, incapaz

de poner orden en el grupo de habladores que boicoteaban continuamente sus explicaciones, indiferentes ante los misterios y los caprichos de la sintaxis de la oración simple. Cuando por fin llegó el momento de volver a la biblioteca, Laura entró en su coche con la sensación de que estaba a punto de realizar uno de los actos más importantes de su vida; era como si todo lo necesario se hubiera concentrado en la recuperación de la foto. Por un momento, mientras subía a Zocodover, pensó que estaba exagerando la relevancia de esa fotografía, que tal vez no ocurriría nada si otra persona la encontraba. Sin embargo, según se iba haciendo difícil hallar un hueco donde aparcar el coche, Laura comenzaba a sentir el agobio del paso del tiempo, la desazón de que cada segundo que pasara dificultaría el buen fin de su empresa. Tras dar dos vueltas a su circuito habitual de aparcamiento (calle de Cervantes, paseo del Carmen, plaza de las Concepcionistas) y otra más alrededor del alcázar, de manera infructuosa, decidió entrar en el subterráneo del Corralillo de San Miguel, contrariada por tener que pagar una tarifa que le parecía abusiva.

En el exterior, ya liberada de la atadura del coche, Laura recorrió la distancia que la separaba del alcázar, con una sensación de inquietud que se acentuaba según se iba acercando a la entrada de la biblioteca, según subía en el ascensor tembloroso que le gustaba tan poco. Al llegar arriba se dirigió sin pausa a la sala de préstamos y buscó entre los pasillos de estanterías llenas de libros la novela de Manuel Vicent: allí estaba, con el enigma de su fotografía encerrado entre sus páginas. Laura cogió el libro y lo hojeó hasta que apareció algo en su interior: no era la foto, sino una pequeña cartulina blanca, como una tarjeta de visita, en la que había una frase escrita a mano: “¿Buscas una foto?, página 76”.

Impaciente, Laura buscó la página citada y en ella le llamó la atención una palabra rodeada con un círculo, a lápiz: “tu”. De ella partía una larga flecha, también a lápiz, que se dirigía a otra frase escrita a mano en el margen inferior del libro, junto al número de la página: “Corazón tan blanco, página 117”. Ninguna referencia a su fotografía. Laura recorrió el pasillo dedicado a la narrativa en pos de la letra M, inicial de altor del libro reseñado: Javier Marías. Cuando encontró el título vio que había dos ediciones diferentes y, sin pensarlo, optó por una de ellas, la de bolsillo, que le pareció más manejable para empezar, y tuvo suerte; en la página 117 un párrafo estaba adornado por ocho letras rodeadas por círculos. Laura leyó la frase de Marías: “De ese modo me ha mirado siempre, desde que yo era niño y tenía que alzar mi vista hasta su gran altura a menos que él se agachara o estuviera sentado o tumbado”. Lo primero que hizo fue unir las letras destacadas: la h de “ha”, la i de “mirado”, la s de “siempre”, la t de “tenía”, la o de “menos”, la r de “agachara”, la i de “estuviera” y la a de “tumbado”; luego leyó la palabra que había salido: “historia”, pero no entendió lo que quería decir en el contexto que estaba viviendo. Releyó la frase de la novela de Javier Marías, pero tampoco le encontró un sentido aplicable a su situación. Solo cuando vio que una raya a lápiz, acabada con punta de flecha, parecía indicar la necesidad de pasar la página, recordó que también en *Tranvía a la Malvarrosa* había letras rodeadas por un círculo: “tu”. Unió entonces las dos palabras: “tu historia”, y pasó la página tal y como indicaba la flecha. Al otro lado, en el margen inferior, la referencia a otro libro: “Proust, 5, página 328”. Mientras buscaba en los anaqueles, Laura pensó que alguien estaba jugando con ella, pero el juego le resultaba atractivo, ya que parecía la búsqueda excitante de algún tesoro. No sabía bien en qué

pararía la maraña de pistas, ni siquiera si le llevaría a resolver la desaparición de la foto, sin embargo le apasionaba ir atando los cabos de esa frase que empezaba a formarse: “tu historia...” Pronto localizó los tomos de la gran obra de Proust, En busca del tiempo perdido, y la conciencia del título le hizo reflexionar sobre esas acciones que ahora realizaba y que ocupaban su tiempo de forma extraña. Buscó el volumen cinco de la edición de bolsillo, La prisionera, y fue con avidez a la página indicada. En ella, una frase: “Es como beber en el mismo vaso, sabré sus pensamientos”. La palabra “es” estaba rodeada con un círculo hecho con lapicero, y de ella, como cabía esperar, partía otra flecha hacia el margen inferior, donde Laura leyó: “Manuel Puig, Maldición eterna..., página 150. De pronto, al tiempo que en su mente revoloteaban las tres palabras rescatadas (“tu historia es...”), sintió que se tambaleaba algo su búsqueda, ya que no le sonaba mucho el autor referido, y el título, incompleto al parecer, tampoco le decía nada. Buscó sin dudar, no obstante, cerca de Proust, y no tardó en encontrar a Manuel Puig; entre sus obras se destacó de inmediato el título completo, con letras grandes y contundentes, cargado de presagios y de temores: Maldición eterna a quien lea estas páginas. Laura se estremeció al leerlo; sin saber por qué asoció las palabras del título con algo terrible que podría estar gestándose, con tantas pistas y tanto misterio. Con inquietud abrió el libro por la página 150, en busca de los círculos hechos a lápiz sobre unas letras escogidas. Ahí estaban: la palabra “miraría” tenía destacadas la m, la i acentuada y la a última; también estaba rodeado un punto, como indicando el final de la frase. Laura ordenó el mensaje de nuevo: “Tu historia es mía”, y sintió un escalofrío corriéndole de arriba abajo. Había más letras marcadas: la f de la palabra “mafia”, otro punto y un apellido completo, unas

líneas más abajo: “Ramírez”, como si fuera la firma que rubricara y reconociera la autoría del texto recién hallado: “Tu historia es mía. F. Ramírez”. No había ninguna referencia más, ni siquiera otra flecha remitiendo a un nuevo libro. Laura se quedó pensativa, sin saber qué estaba ocurriendo, con una sensación de desamparo que transcendía el hecho ya insignificante de la pérdida de la fotografía. Alguien le estaba gastando una broma pesada. Pensó en la firma enigmática, F. Ramírez, pero no logró identificar a nadie que respondiera a ese apellido, al menos entre sus conocidos. De pronto, en medio de la zozobra que la invadía, Laura tuvo el presentimiento de que F. Ramírez fuera el autor de un libro que podría estar allí, en la biblioteca, que debía estar, sin duda; no en vano se había tomado la molestia de ir marcando los libros para indicarle el camino a seguir. Esperanzada, buscó entre los estantes el apellido y no tardó en dar con él: solo había un ejemplar y un solo título que encajara con el nombre que buscaba: Félix Ramírez, *La foto de Laura*. Cogió el libro y miró la contraportada, inquieta por una intuición que se confirmó fatalmente cuando vio la foto del autor y una breve reseña de su vida y obra, cuando comprobó que Félix Ramírez era su antiguo compañero de la facultad, con quien estuvo allí mismo dos días antes, olvidándose la fotografía en el interior del Tranvía a la Malvarrosa de Manuel Vicent. “Tu historia es mía”, rebotaron las palabras del enigma en la mente de Laura mientras ésta daba la vuelta al libro para mirar la portada y ver en ella lo que tanto había estado buscando: en la cubierta, bajo el nombre del autor, el título del libro: *La foto de Laura*, y bajo el título, la fotografía perdida, ilustrándolo, con su imagen delante de los libros de su estudio, en su mesa de trabajo, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros y una expresión que, a su entender, la hacía simpática.

Laura, con el espanto reflejado en su rostro, abrió el libro por la primera página y leyó el comienzo: “En realidad, Laura se llamaba Beatriz, pero ella se empeñaba en negarlo...” No pudo continuar leyendo porque de pronto sintió un desvanecimiento que se apoderaba de ella, que la hacía caer al suelo, desmayada, con la sensación extraña y horrible de que no existía, de que su vida era tan solo la invención de otra persona, el capricho momentáneo de un escritor, la foto robada y quieta que ilustraba la portada de un libro.

1 Este relato fue el quinto clasificado en la quincuagésima edición del premio de cuentos “Gabriel Miró”, convocado por la Caja de Ahorros del Mediterráneo en el año 2005

JESÚS PINO

perspectiva

¡¿Cambiar...?!

Ya no se cambia.

Ya todo es una línea monótona, insegura.
Una desecación de primaveras.
Un ir tirando, cínico y retórico,
para no descubrir ese pudor,
oscuramente triste,
de sentirte extranjero al asomarte
de nuevo al sol, tan fiel a la rutina.

identidad

Todos somos lo mismo
con distinta nariz.
Como lo son el tiempo y el espacio,
con diferentes días y paisajes.

Pero son los zapatos
y los áureos relojes
y el sonido del viento
los que nos enloquecen
hasta romper el alma de todos los espejos
y comprobar,
ya tarde y sin remedio,
que hay un mismo color en nuestras sangres.

ególatras

Mal que nos pese
habremos de morir.

Una estación cualquiera,
un día insospechado,
serán
nuestro último espacio,
nuestro último tiempo.

Mal que nos pese,
todos,
tendremos que pasar por ese trago,
amargo o inconsciente,
de abandonar la vida.

Y no obstante abrigamos
la servil esperanza
de portar algún gen maravilloso
que nos haga inmortales,

hijos de lo imposible,
bastardamente extraños
al resto de la especie.

la rosa de los vientos

Ni el amor a la luz ni el odio hacia las sombras.
-ni sus combinaciones estridentes-

Odiar y amar son vértigos bastardos.

Agradezco la claridad de otoño,
el vino de las uvas
y tal vez la caricia de un aire frío del Norte.

Ni el Este me seduce ni el Oeste me asombra.

Esta particular taxonomía
seca mi Cruz del mundo y la perfila
entre dos Aristóteles de hielo.

bendiciones

¡Benditos sean los árboles!
¡Benditos los caminos!
¡Y bendito el silencio
que rueda en torno al Sol!

¡Bendita la soledad inmóvil de la iguana!

¡Qué ajenos a lo humano,
qué indiferentes
a la estúpida luz de las coronas,
a las sobrepellices,
a los venenos de las esperanzas,
al terror de la muerte,
a la misericordia anémica del cielo!

¡Bendita la materia de los vidrios!

Bendita una vez más
la fiel sabiduría
forjada en los certeros holocaustos
de la fascinación y el espejismo.

séptimo día

¡Se acabó!
Por hoy es suficiente
-¿Para qué?¿Para quién?-

Dejaré de escribir este poema
-o que me escriba él-
sobre la magia de la inactividad,
me quitaré las gafas y el reloj,
aplastaré la humeante
compañía del cigarrillo

y apagaré las luces de la casa.

Y entonces, ¡a dormir!,

¡a descansar!.

A ser sueño en el sueño

del sueño de los sueños.

¡Y bendita sea la simpleza del misterio!

índice	pág
Olga Ruiz.....	5
María Luisa Mora.....	8
Mayte González-Mozos.....	10
María Antonia Ricas.....	13
Joan Gonper.....	14
Rafael González Casero.....	15
Paco Morata.....	17
José María de Quesada.....	24
Lola López Díaz.....	33
Antonio Illán.....	36
Rafael J. Pascual.....	39
Mari Carmen Rubio del Pulgar.....	45
María Luisa González Ruiz.....	48
Santiago Sastre.....	51
Ana Ferreira.....	54
Enrique Galindo.....	56
Olga Fernández.....	58
Inmaculada Gómez.....	73
J. Luís Calvo.....	79
Carlos Gegúndez López.....	81
Oscar Sangil.....	84
Vanessa Jiménez García.....	91
Andrea París Gómez.....	93
Jesús Rubio.....	99
Joaquín Copeiro.....	111
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	119
Jesús Pino.....	128



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Ayuntamiento de Toledo